

# EL MITO DE LA ISLA PERDIDA Y SU TRADICIÓN EN LA HISTORIA, CARTOGRAFÍA, LITERATURA Y ARTE\*

MARCOS MARTÍNEZ  
*Universidad de La Laguna*

Ante todo quisiera expresar mi más profundo y sincero agradecimiento a los organizadores de este Coloquio Internacional sobre «Las Islas y la Mitología en la historia, narrativa y poesía», especialmente a los Drs. don Alberto Vieira y doña Ana Margarida Falcão, así como a la escritora doña María Aurora Carvalho Homen, por la gentileza de haberme invitado a participar en unas jornadas, que presumo apasionantes, sobre un tema tan cautivador y sugestivo como es el de los universos insulares. Justamente en marzo de 1995 celebramos en la Universidad de La Laguna (Tenerife), de la que procedo, un encuentro internacional sobre este mismo tema que despertó un vivo y acalorado interés, como podrá verse reflejado en las Actas, actualmente en prensa, publicadas por el Centro de Estudios Medievales y Renacentistas, organizador del evento. Estoy seguro de que también en los Archipiélagos de las Azores y Cabo Verde se han celebrado seminarios similares, por lo que sería de desear que algún día podamos sincronizar todas estas actividades insulares y celebrar entonces un magno acontecimiento, que tenga a la isla, en todos sus aspectos, como eje de su estudio en los cuatro Archipiélagos macaronésico-atlánticos: Azores, Madeira, Canarias y Cabo Verde. Desde aquí me comprometo hoy ante ustedes a aportar mi modesta colaboración en semejante proyecto, a la vez que espero igualmente de los presentes alguna iniciativa que pueda culminar en la idea expresada.

## 1. INTRODUCCIÓN

1.1. Dado que la presente convocatoria tiene como objeto el tratamiento de la mitología insular en la historia, en la narrativa y en la poesía, he querido seleccionar un tema que, a mi modo de ver, me va a permitir hacer un estudio interdiscipli-

nar en ese sentido de uno de los más bellos mitos insulares de nuestro Atlántico occidental: el de la *Isla Perdida*. Es éste un tipo de isla a caballo de la realidad y el mito, que aún no he visto tratado en su conjunto, que yo sepa, en ninguna de las monografías que sobre islas se han publicado en los últimos años<sup>1</sup>. La temática de la *Isla Perdida* participa, en efecto, de varios tipos poéticos de islas que hace poco hemos establecido para la Antigüedad y Edad Media en las literaturas griega y latina<sup>2</sup>. Se trata, por un lado, de una isla legendaria, ya que se le supone su existencia; pero, por otro, es también una isla fantasma, pues en realidad no ha existido nunca como tal; es también una isla mítica, al estar rodeada del halo del mito y el misterio; pero es igualmente una isla-paraiso, por estar conectada con la leyenda de San Brandán y su búsqueda de la isla de Promisión; tampoco deja de ser una de las islas flotantes e isla-ballena, que son otros dos de los motivos asociados a los viajes del monje irlandés. Como puede apreciarse, estamos ante un tipo muy especial de isla que encierra en sí una extraordinaria riqueza de tópicos literarios, muy acorde con la variedad y nombres con la que se la conoce a lo largo de su tradición histórica, geográfica y literaria: *Apropositus*, *Inaccesible*, *Encubierta*, *Antilia*, *Non Trubada*, *Isla de las Siete Ciudades*, *Encantada*, *Non Trovata* e *Isla de San Brandán*, que en el ámbito canario se transforma en *San Borondón*.

1.2. Nuestra isla, con su riqueza onomástica y de contenido, es, pues, una de esas islas que en su día figuraron en los mapas de su tiempo, pero que posteriormente han ido desapareciendo a medida que se fue comprobando que, en realidad, no

---

\* Publicamos aquí el trabajo bastante ampliado que leímos con el mismo título en junio de 1997 en el transcurso del Coloquio Internacional celebrado en Funchal (Madeira) sobre «Las Islas y la Mitología en la historia, narrativa y poesía».

1. Véase, por ejemplo, H. Brunner, *Die poetische Inseln*, Stuttgart, 1967; E. Frenzel, «Vida deseada y maldita en una isla», en su *Diccionario de motivos de la literatura universal*, ed. Gredos, Madrid, 1980, pp. 376-385; M. Tomé, *La Isla: Utopía, Inconsciente y Aventura. Hermenéutica simbólica de un tema literario*, Universidad de León, 1987; F. Moureau, *L'île, territoire mythique*, París, 1989; E. Fougère, *Les voyages et l'ancrage. Représentation de l'espace insulaire à l'Age classique et aux Lumières (1615-1797)*, París, 1995; J. C. Marimoutou-J. M. Racault (éd.), *L'insularité. Thématique et Représentations*, París, 1995; F. Létoublon, *Impressions d'îles*, Toulouse, 1996. Algo de nuestro tema se toca, sin embargo, en el breve artículo de J. Sgard, «L'île inaccessible», de la revista francesa de Grenoble, *Silex*, 14(1979), pp. 33-38, que, por lo demás, está toda ella dedicada a las islas.
2. Cf. nuestros trabajos «Las islas poéticas en la literatura grecolatina antigua y medieval», en R. M. Aguilar - M. López Salvá - I. R. Alfageme (eds.), *Homenaje a Luis Gil*, Madrid, 1994, pp. 431-449 e «Islas escatológicas en Plutarco», en M. García Valdés (ed.), *Estudios sobre Plutarco: ideas religiosas*, Madrid, 1994, pp. 81-107.

existían. Desde la cartografía medieval hasta mapas elaborados en nuestro siglo han figurado en ellos «islas perdidas», como las que hace unos años ha recogido el canadiense Henry Stommel en su libro *Lost Islands. The Story of Islands that have vanished from Nautical Charts* (Vancouver, 1984). Stommel se limita exclusivamente a un estudio geográfico y cartográfico de este tipo de isla, en los tiempos modernos fundamentalmente. De ahí que nosotros nos propongamos en nuestra Comunicación abordar la temática desde su nacimiento mismo en la literatura griega, para seguir luego con la tradición latina medieval y su paso a la literatura, historia, cartografía y arte posteriores. En consecuencia, los puntos a desarrollar en nuestro estudio serían:

- a) Tradición griega.
- b) Tradición latina.
- c) Literaturas medievales y renacentistas.
- d) Cartografía.
- e) Aspectos históricos.
- f) Literatura moderna universal.
- g) El contexto canario.

1.3. Pero antes de pasar a abordar cada uno de estos capítulos quisiera recabar su atención para aludir a algo sobre lo que últimamente se viene insistiendo por parte de algunos colegas portugueses y españoles. Me refiero al tema del «imaginario Atlántico»<sup>3</sup> o, más concretamente, al «imaginario insular Atlántico»<sup>4</sup>. La cuestión de la *Isla Perdida*, o sea, una supuesta isla maravillosa ubicada en el Océano Atlántico occidental, es una de las tantas islas que desde Tule, al norte, hasta Cerné, al sur, se han situado en ese espacio marino ocupado por lo que podríamos llamar la civilización atlántica. A este imaginario insular atlántico pertenecen, además de las nuestras, otras islas míticas y legendarias como las de Eea, Ogigia, Siria, Basileia, la isla de los Hiperbóreos (Aloxoia), las islas de Cronos, Avalón, Casitérides, Eritía, Atlántida, Purpurarias, Islas de los Bienaventurados, Islas Afortunadas, Hespérides, Gorgades, Isla de los Sátiros, entre otras. Todas ellas islas relacionadas con el mito, la religión, la leyenda, la utopía, la magia, el ensueño, el paraíso, la muerte, etc. En otro lugar tengo explicado por qué esa riqueza insular supuesta precisamente en nuestro Océano Atlántico: porque durante muchos siglos fue el extremo último por occidente del orbe conocido, lo que

3. Cf. J. M. García Ramos, *Por un imaginario atlántico*, Barcelona, 1996.

4. Cf. C. Guilherme Riley, «As Ilhas e a abertura da fronteira oceânica», en *Archipiélago. História in Memoriam M<sup>a</sup> Olimpia da Rocha Gil*, Revista da Universidade das Ações, vol I, 1995, pp. 17-31, especialmente p. 24 y ss.

trajo consigo una «oceanización» de muchos mitos griegos insulares<sup>5</sup>. Uno de ellos es el que vamos a ver a continuación.

## 2. TRADICIÓN GRIEGA

2.1. Pensamos que nuestro tema de la *Isla Perdida* tiene su origen ya en la *Odisea* homérica hacia el s. VIII a. C. Bien es verdad que en este poema el motivo que nos ocupa no se encuentra claramente, pero, al menos, creemos que algunos aspectos pueden perfilarse ya en esta obra inicial de la literatura europea. Una primera referencia puede ser la del canto X, v.1-16 donde se describe la isla de Eolo y de sus doce hijos, de la que se nos dice que es una «isla flotante», con lo que ya tenemos aquí un primer motivo que se conectará a nuestro tema, especialmente a partir de la tradición de la llamada Isla de San Brandán/San Borondón. En cualquier caso, ésta sería la primera alusión a una isla movable que por su carácter de isla flotante resulta difícil encontrarla y anda perdida por el océano. Otras dos alusiones a nuestro tema creemos verlas en los cantos IX y XV. En *Odisea* IX, v. 116-41, se habla de una isla cerca de la tierra de los cíclopes de la que expresamente se nos dice que «está desierta de gente» y en la que sólo viven las cabras. En *Odisea* XV, 403-429, se nos habla de una isla llamada Siria, situada en el occidente, muy fértil, en la que no hay enfermedades y que en su día fue visitada por unos rapaces fenicios. Estas tres notas destacadas en estas dos islas, o sea, su carácter desierto, su situación occidental y el ser visitadas en su día por fenicios son rasgos distintivos que iremos viendo aplicados a nuestra isla a lo largo de nuestra exposición. Omito, por otra parte, entrar en la cuestión de si las islas de la *Odisea* son o no reales y a cuáles pudieran corresponder o si hay que ubicarlas en el Mediterráneo o en el Océano, para todo lo cual la bibliografía sigue siendo abundantísima<sup>6</sup>.

2.2. Más clara creemos que aparece nuestra isla en otro pasaje de una obra que en su momento se atribuyó nada menos que a Aristóteles, pero de la que hoy apenas existen dudas de su carácter espurio. Lleva por título *Relatos maravillosos* y consiste básicamente en una recopilación de *mirabilia*, cuyo núcleo inicial suele datarse

5. Cf. mi libro *Canarias en la Mitología*, Santa Cruz de Tenerife, 1992, especialmente pp. 34-35.

6. Clásicas son las obras a este respecto de Victor Bérard, *Calipso et la mer de l'Atlantide*, 1929 y *Les Phéniciens et l'Odysée*, 1903, a las que se pueden añadir otras más recientes como la de Ch. Pellech, *Die Odyssee. Eine antike Weltumsegelung*, Berlin, 1983 y E. Bradford, *En busca de Ulises*, Barcelona, 1989.

por los especialistas en la segunda mitad del siglo III. a. C<sup>7</sup>. Se nota en la obra una cierta predilección por el mundo occidental, al que se dedican unos 42 de los 61 pasajes de contenido geográfico. Ello se ha explicado por el hecho de que entre las fuentes de este opúsculo jugaría un papel fundamental el historiador siciliano Timeo, cuya *Historia* sería una de las primeras que a gran escala se dedicaría en la literatura griega a las regiones occidentales<sup>8</sup>. Pues bien, en el párrafo 84(85) se nos describe una isla desierta, situada fuera de las Columnas de Heracles, descubierta por los cartagineses, en los siguientes términos:

En el mar fuera de las Columnas de Heracles afirman que fue descubierta por los cartagineses una isla desierta que tenía vegetación de todas clases y ríos navegables y que era sorprendente por el resto de sus frutos, a una distancia de navegación de muchos días. Y como los cartagineses acudieran a menudo a ella a causa de su abundancia, e incluso algunos de hecho la habitaron, los dirigentes de los cartagineses anunciaron que castigarían con la muerte a los que pensasen navegar hacia ella, y aniquilaron a todos sus habitantes, para que no propagaran la noticia, no fuera a ser que una multitud se fuera congregando en la isla y se hiciera dueña de ella y arrebatara la prosperidad de los cartagineses. (Trad. de F.J. Gómez Espelosín)

Se trata, por consiguiente, de una isla desierta, situada en el Océano occidental, fuera del Estrecho de Gibraltar, muy abundante en frutos que los cartagineses tenían a buen recaudo para que no fuera conocida por otras gentes. En este texto ya se encuentran caracteres propios de la temática de una isla perdida.

2.3. Algo parecido al texto anterior es un pasaje de la *Biblioteca histórica* de otro historiador siciliano, Diodoro Sículo, que entre el 60 y 30 a. C. escribió una especie de historia del mundo conocido, de la que los cinco primeros libros los dedica preferentemente a hablar de las islas<sup>9</sup>. En el libro V, párrafos 19 y 20, menciona una isla en términos muy parecidos al Pseudo-Aristóteles:

Tras haber hablado de las islas situadas en la parte de acá de las Columnas de Hércules, describiremos ahora las que se hallan en el océano. Por el lado de Libia, y en alta mar, hay una isla de gran extensión situada en pleno océano. Está separada de Libia por varias jornadas de navegación siguiendo la ruta del

7. Cf. ahora la traducción e introducción a esta obra de F. Javier Gómez Espelosín, *Paradoxógrafos griegos. Rarezas y maravillas*, ed. Gredos, 1996, p. 199 y ss.

8. Cf. L. Pearson, *The Greek Historians of the West. Timaeus and the Greek Predecessors*, Atlanta, 1987.

9. Cf. Diodoro de Sicilia, *Biblioteca Histórica: Ediciones Clásicas*, Madrid, 1995, con la introducción de Jesús Lens Tuero.

Occidente. Su suelo es fértil, siendo la mayor parte montañosa, aunque una no pequeña es una llanura de extraordinaria belleza. Hállase cruzada por ríos navegables, aprovechados para el riego, y tiene muchos parques plantados con toda clase de árboles y jardines cruzados por corrientes de agua dulce. Hay en ella soberbias villas campestres magníficamente construidas, cuyos jardines están adornados con templetos cubiertos de flores, donde sus habitantes pasan el verano, mientras el país les proporciona en abundancia todo lo que contribuye a su disfrute y placer. La parte montañosa está cubierta de grandes y espesos bosques de toda clase de árboles frutales y para la estancia en las montañas hay valles y numerosas fuentes. En una palabra, la isla entera está regada de aguas manantiales y dulces que contribuyen no sólo al disfrute de sus habitantes, sino también a su salud y fuerza. Hay abundante caza de animales y fieras de todas clases, por lo que sus habitantes, al estar bien surtidos de éstos para los festines, no tienen ninguna escasez de lo necesario para el regocijo y despilfarro. El mar que baña con sus olas esta isla contiene cantidad de peces, dado que el océano, por su propia naturaleza, es abundante en ellos por doquier. En general, la misma isla tiene en su contorno un aire tan templado que la mayor parte del año produce en abundancia frutos de los árboles frutales y de otros propios de cada estación, de suerte que, por este exceso de felicidad la isla parece más residencia de algún dios que morada de los hombres.

A continuación nos dice Diodoro que esta isla era «inencontrable» (*aneúretos*) por la gran distancia a la que se hallaba del continente habitado. La isla fue descubierta en su día por los fenicios, y los cartagineses la tenían escondida por si algún día se veían obligados a huir con sus familias «a esta isla desconocida por sus vencedores». Todo ello, pues, hace suponer que se trata de la misma isla del Pseudo-Aristóteles.

2.4. La siguiente noticia de una isla en el Océano occidental más o menos misteriosa y ocultada por su descubridor nos la refiere el geógrafo griego Estrabón (64a. C.-24 d. C) en el libro II de su *Geografía*, parágrafo 3,4, al hablar de Eudoxo de Cízico y su posible circunnavegación de África<sup>10</sup>. En un momento dado de su exposición nos dice Estrabón que este personaje «en su navegación costera vio una isla rica en agua y en árboles y la anotó». Luego arribó a la costa de Maurusia, la actual Mauritania, para preparar otra expedición, pensando «si la navegación se alargaba, invernar en la isla que anteriormente había anotado, sembrar y recoger la cosecha y terminar la navegación ideada»<sup>11</sup>. De nuevo nos encontramos en este texto el motivo de una isla oceánica, celosamente guardada por su descubridor y desconocida, por tanto, para los demás.

10. Cf. Javier Gómez Espelósín, «Eudoxo de Cízico o el cuento del lobo», en *Polis*, 4(1992), pp. 143 -155.

11. Cf. *Estrabón. Geografía, libros I-II*, Madrid, ed. Gredos, 1991, con la traducción de J. L. García Ramón y J. García Blanco, p. 461-462.

2.5. La última referencia en la literatura griega a nuestro tema pertenece al famoso astrónomo, matemático y geógrafo griego Claudio Ptolomeo (110-178 d. C.). En su *Esquema de Geografía* IV, 6, 34 se citan las islas que están en el Océano occidental junto a la costa africana y entre ellas se nombran las famosas seis Islas Afortunadas o de los Bienaventurados (*Makárón nêsoi*). Cada uno de los nombres mencionados aquí resulta problemático en cuanto a su asignación a una isla real, salvo el de *Canaria*, que con toda seguridad se refiere a alguna del Archipiélago Canario. No podemos entrar ahora en la cuestión de los nombres de estas islas en relación con nuestras Islas Canarias reales<sup>12</sup>, pero en la serie de Ptolomeo está una, la primera, que denomina *Aprósitos*, que significa «inaccesible» o «a la que no puede uno aproximarse». Esta es la primera y única vez que se menciona una isla de esta manera en toda la literatura griega. Pensamos que la nomenclatura ptolomaica no hace sino bautizar la isla desconocida descrita anteriormente en los textos del Pseudo-Aristóteles, Diodoro de Sicilia y Estrabón. Por consiguiente, con Ptolomeo asistimos al origen manifiesto de uno de los nombres de nuestra *Isla Perdida*: el de *Inaccesible*.

### 3. TRADICIÓN LATINA

3.1. El primer grupo de textos latinos que a nuestro entender tienen relación con nuestro tema afecta a la vida y leyenda del monje irlandés de San Brandán, también conocido como Brendano, Brandano, Brendán, Barandán, Borondón, etc., cuya vida transcurre entre el 486 y el 577, del que la Iglesia católica celebra su onomástica el 16 de mayo. En el ámbito de la cultura canaria conocemos esta leyenda como San Borondón y es una de las historias que más hondamente han calado en el alma del pueblo canario, por lo que no sería exagerado afirmar que posiblemente sea el «samborondonismo» uno de los rasgos más definitorios de la cultura canaria desde el siglo XVI hasta hoy. Como se sabe, la vida y obra de San Brandán, recogida en más de cien manuscritos latinos desde el siglo IX al XVII, narra el periplo viajero de este monje irlandés por todo el Océano en busca de la isla del Paraíso o tierra de Promisión. Esta especie de viaje iniciático por el Atlántico, mezcla de realidad y fantasía, quedó materializado para siempre en una isla o islas de San Brandán, que ni los cartógrafos medievales, ni los de la Edad Moderna aciertan a situar en un lugar concreto, desplazándola a lo largo y ancho del Océano, desde el norte de las Azores a la altura de las Canarias, pasando también

12. Para este aspecto véase ahora mi libro *Las Islas Canarias de la Antigüedad al Renacimiento. Nuevos aspectos*, en Santa Cruz de Tenerife: CCPC, 1996, especialmente los capítulos 2 y 3.

por el ámbito de Madeira. Una leyenda similar a la del monje irlandés es la de San Amaro y su búsqueda del Paraíso en el ámbito de la cultura y civilización portuguesa, tal como se conoce en un texto portugués del siglo XIV<sup>13</sup>. En líneas generales, frente a la leyenda de San Brandán/Borondón, pueden adoptarse, como muy bien ha visto recientemente mi colega de la Universidad de La Laguna, el latinista Fremiot Hernández González, tres posturas: «La de los que piensan que se trata de una ‘libro de a bordo’ y que todo lo que allí se describe y se cuenta tiene que ser identificado incluso geográficamente. La de los que creen que se trata de una novela de ficción literaria y que a todo lo que allí aparece hay que buscarle un precedente en el mundo de la literatura anterior. La de los que adoptan una postura intermedia y, tratando de compaginar los dos extremos, piensan que en la ‘Leyenda’ hay una base real, siquiera mínima, que con el devenir literario fue creciendo, cual bola de nieve a base de fábulas, cuentos y mitos de distinta procedencia»<sup>14</sup>.

En mi libro *Canarias en la Mitología* (véase nota 5), pág. 94 y ss., he abordado, a mi entender, con cierta amplitud, los principales rasgos que caracterizan esta leyenda, aunque ahora quisiera añadir algunos datos complementarios de nuestro conocimiento del asunto desde 1992 hasta hoy. En primer lugar, mencionar la primera Tesis doctoral, que nosotros sepamos, que se ha hecho en nuestro país sobre el texto latino medieval que está en la base de toda esta cuestión: la *Navigatio Sancti Brendani*. Hasta este momento no disponíamos de una versión completa castellana de este texto tan fundamental, si exceptuamos la versión de M<sup>a</sup> José Lemarchand, *El viaje de San Brandán*, del monje medieval Benedeit, otra de las fuentes importantes de la leyenda brandaniana. Con la Tesis de D. José Antonio González Marrero, Profesor Asociado de Latín en la Facultad de Filología de la Universidad de La Laguna, que leyó en 1995 con el título de *Introducción, edición crítica y traducción de la ‘Navigatio Sancti Brendani’*, se ha cubierto una importante laguna en la investigación de nuestro tema. Dirigió su trabajo el Prof. Fremiot Hernández González, Profesor Titular de Latín de la misma Universidad, uno de los mejores conocedores actuales de nuestro tema. Posterior a la Tesis del Sr. González Marrero se acaba de publicar otra versión española del mismo texto, llevada a cabo por J. M. Álvarez Flórez<sup>15</sup>. En segundo lugar, dar constancia de algunos estudios anteriores y posteriores a mi libro que completan aspectos de nuestra leyenda, como son los de Dolores Corbella, Carlos García, José Antonio González y José Gregorio González<sup>16</sup>.

13. Cf. O. Klob, «A vida de Sancto Amaro. Texte portugais du XIVème siècle», en *Romania*, XXX(1901), pp. 504-528.

14. Cf. F. Hernández González, «Algunas diferencias entre la *Vita Sancti Brendani* y la *Navigatio Sancti Brendani*», en *Fortunatae*, 3(1992), pp. 287-304, esp. pp. 287-288.

15. *La navegación del Abad San Brandano*, Madrid: Anaya, colección Anábasis, 1995.

16. Cf. Dolores Corbella, «El viaje de San Brandán: una aventura de iniciación», en *Filología Románica*, 8(1991), pp. 133-147; Carlos García, «Mitología y leyenda de San

3.2. Ahora bien, la acuñación en latín de una isla *Perdita* tiene lugar hacia finales del siglo XI, en el marco de las discusiones filosóficas del famoso argumento ontológico de San Anselmo de Aosta (1033-1109), arzobispo de Canterbury, sobre la existencia de Dios. San Anselmo había expuesto su famoso argumento en su obrita *Proslogio*, que podría resumirse así: desde que se considera como posible un ser superior al cual no puede haber nada, ese ser tiene que existir, pues de lo contrario ya no sería el ser por encima del cual no puede existir nada superior, puesto que le faltaría la existencia; luego tiene que existir y ese ser sería Dios. Este argumento fue inmediatamente atacado por un monje de Marmoutiers, de origen alemán y llamado Gaunilo, muerto hacia 1083, quien en un opúsculo titulado *Libro escrito en favor de un insensato* viene a decir irónicamente que del mismo modo con el que San Anselmo demuestra la existencia de Dios se podría demostrar también la existencia de una isla perfectísima en medio del Océano, jamás vista por nadie:

Se afirma, por ejemplo, que en una parte del océano existe una isla llamada *Perdida*, a causa de la dificultad, mejor dicho, imposibilidad de encontrar lo que no existe. Se le atribuyen riquezas y delicias incalculables, en mayor abundancia aún que a las islas *Afortunadas*, y se añade que, libre de habitantes, excede en productos a todas las tierras habitadas por los hombres. Con oír al que así me habla, comprenderé fácilmente sus palabras. Pero si después, como quien saca una consecuencia rigurosa, dijese: no puedes dudar en adelante de la existencia de esa isla, puesto que tienes una idea clara de la misma en tu espíritu y porque es más existir en la realidad que solamente en la inteligencia, pues de lo contrario cualquier otra tierra existente sería, por lo mismo, más importante que ella. Si con semejantes razonamientos se me quisiera hacer admitir la existencia de dicha isla, creería que el argumentador bromea, o no sabría cuál de los dos es más insensato, él o yo; yo, si me prestaba a semejantes pruebas; él, si se creyese haber puesto la existencia de esta isla sobre base inquebrantable antes de haber probado su superioridad como cosa existente,

---

Borondón», artículos publicados en el periódico de Tenerife *El Día* los días 11, 18 y 25 de agosto de 1991, en su suplemento dominical *LA PRENSA*; José Antonio González Marrero, «Algunas notas acerca de la vida y el nombre de San Brendano de Clonfert», en *Fortunatae*, 6(1994), pp. 261-271; José Gregorio González Gutiérrez, «San Borondón y otros enigmas», en la revista *Su futuro*, 50(1991), pp. 38-41. Estando redactado ya el presente artículo ha llegado a nuestras manos la obra de Dolores Corbella y Javier Medina, *Noticias de la Isla de San Borondón*, La Laguna: Instituto de Estudios Canarios, 1997, que, desgraciadamente, no hemos podido incluir en nuestra reseña crítica, pero que no queremos dejar de mencionar, dado que la consideramos una aportación muy importante a la temática samborondoniana.

en lugar de presentarla como un concepto falso o por lo menos dudoso para mi espíritu<sup>17</sup>.

A esta crítica le respondió San Anselmo con otro opúsculo titulado *Qué responde a esto el autor del libro o Apología de San Anselmo contra Gaunilo*, insistiendo en su argumentación de que necesariamente el ser, el mayor que se puede imaginar, si existe en la inteligencia, no está solamente en ella, porque si no está más que en la inteligencia, se puede imaginar uno mayor que él, lo que es contradictorio. Y añade San Anselmo:

Lo mismo ocurriría, dices, si alguien, suponiendo una isla que aventaje a todas las tierras por su fecundidad, isla llamada *Perdida* a causa de la dificultad, mejor dicho, de la imposibilidad de encontrarla, añadiese que no se puede dudar de su existencia, ya que fácilmente se comprende su descripción. Lo digo con confianza: si alguien, excepto este ser, el mayor que se pueda imaginar, encuentra una cosa, o existente de hecho o no existente más que en el pensamiento, a la cual se pueda aplicar legítimamente la consecuencia del razonamiento que he expuesto, me comprometo a encontrar esta isla perdida y a dársela de modo que no la pierda jamás. Pero es evidente que lo que es tal que no se puede imaginar cosa mayor no puede ser supuesto no existir, porque existe en virtud de una razón segura y verdadera; de otro modo no existiría<sup>18</sup>.

En estos textos, pues, tenemos ya acuñada con su nombre la famosa *Isla Perdida*, que repetida a lo largo de los sucesivos siglos pasará a designar un lugar de misterioso encanto, inaccesible a nuestra búsqueda.

3.3. Quien, sin embargo, une por primera vez la *Isla Perdida* al ciclo de la leyenda de San Brandán es un monje de origen alemán, que pasó su vida en Inglaterra y fue discípulo de San Anselmo: Honorius Augustodunensis, quien entre aproximadamente 1098 y 1140 escribió unos veintidós tratados, entre los que se le asigna una *Imago Mundi*, especie de enciclopedia de historia universal. Hablando de las islas del mundo, en cierta medida siguiendo el libro XIV de las *Etimologías* de San Isidoro, en el libro I de su obra, parágrafo 36, dice Honorio:

Hay una cierta isla en el Océano, llamada Perdida, que, por su amenidad y riqueza de todas las cosas es con mucho la más extraordinaria de todas las tierras, aunque ignorada de los hombres. Encontrada en cierta ocasión por azar,

17. Seguimos el texto latino y la traducción del P. Julián Alameda, *Obras completas de San Anselmo*, Madrid: BAC, 1952, vol I, pp. 413-415.

18. *Idem*, pp. 423-425.

posteriormente, cuando se la ha buscado, no se la ha encontrado, por lo que se la llama Perdida. A esta isla se dice que vino San Brandano.

Durante mucho tiempo la *Imago Mundi* se atribuyó a San Anselmo o incluso a San Isidoro y fue vertida inmediatamente a las lenguas europeas, como veremos en el siguiente capítulo. No obstante, según las últimas investigaciones, se está más bien de acuerdo en asignar la obra al monje alemán<sup>19</sup>.

3.4. Pocos años después de Honorio se produce la identificación de las Islas Afortunadas con la *Isla Perdida* y el tema brandaniano. Ello ocurre por medio del inglés Gervasio de Tilbury, natural de Essex, profesor de Derecho en Bolonia, cuya vida transcurre entre 1140 y 1220, quien dedicó al emperador Otón IV su obra titulada *Otia Imperialia*, una colección de noticias históricas y geográficas, así como de leyendas y cuentos. En el libro II, parágrafo 11, hablando del capítulo «Sobre la tercera parte del universo que llamamos África», dice expresamente:

Ciertamente, en el mismo límite del Estrecho Gaditano, en dirección hacia África, está la isla de los Afortunados, que por su vocablo significa que en ella están los bienes de todo y da a entender como que son los felices habitantes del Paraíso, riquísima por la amenidad del lugar y la abundancia de frutos, muy agradable para todos, pero conocida por pocos, la cual, cuando por casualidad se la encuentra alguna vez, después que se la busca por mucho tiempo, no se la halla, por lo que se la llama Perdida. Dicen que, finalmente, vino a ella Brandino, santo varón, explorador del océano<sup>20</sup>.

3.5. Del siglo XIII tenemos también una referencia a nuestra isla en la obra del enciclopedista Vicente de Beauvais (1190-1264), *Speculum Historiale*, XXI, 93-94, para quien, sin embargo, la leyenda de San Brandán son *apocrypha deliramenta* «extravagancias apócrifas». En el siglo XIV merece la pena reseñar la opinión del también enciclopedista Pedro Bersuire o Berchoirus, religioso benedictino francés, cuya vida transcurre entre 1290 y 1362, quien en su *Reductorium morale*, obra en 34 libros sobre los de las Sagradas Escrituras, dice, hablando sobre las Islas Afortunadas, que se llaman así «porque se encuentran por casualidad y a veces por fortuna; pero si se buscan a propósito, rara vez o nunca se las encuentran» (XIV, 22). Como se puede apreciar, se trata de una explicación inspirada en el texto anterior de Gervasio.

19. Cf., por ejemplo, V. Flint, «Honorius Augustodunensis. Imago Mundi», *Archives d'Histoire doctrinale et littéraire du Moyen Âge*, 57(1982), p. 7 y ss.

20. Cf. Gervasii Tilberiensis, *Otia Imperialia*, II, 11, p. 989, Hannover, 1707. Agradezco aquí la información que para este texto me proporcionó en su día el Prof. Ruiz de Elvira.

3.6. Terminaremos nuestra serie de textos latinos sobre la *Isla Perdida* con la primera mención de la misma en un islario o enciclopedia de islas, género de obra insular muy frecuente en los siglos XV y XVI. La primera de estas obras, que nosotros sepamos, es el *De insulis et earum proprietatibus* de Domenico Silvestri, un florentino amigo de Boccaccio, obra que se está de acuerdo en fechar hacia finales del siglo XIV. En ella se describen en forma alfabética todas las islas conocidas hasta la época de su autor, mezclando datos reales con elementos míticos y fantasiosos. En la entrada correspondiente a la voz *Perdita* se puede leer lo siguiente:

La isla *Perdida* está situada en el Océano Índico. Por su amenidad y riqueza de todas las cosas es con mucho la más extraordinaria de todas. Ha sido ignorada por los hombres, a no ser que fuera Canaria, de la que hemos hablado más arriba, que fue descubierta en nuestra época, aunque también se dice que esta isla se la encuentra de vez en cuando, pero posteriormente, cuando se la ha buscado, no se la descubre, por lo que se la llama Perdida: Isidoro sostiene en su *De imagine mundi* que Brandano había venido a esta isla.

Este texto, como puede fácilmente comprobarse, es mezcla de citas anteriores e interpretación personal de su autor. La obra citada no es de Isidoro, como se dice aquí, sino de Honorio Augustodunensis. Interpretación personal de Silvestri es la ubicación de la *Isla Perdida* en el océano Índico y su posible identificación con *Canaria*. Tal vez en el caso de Índico haya que entender «de las Indias», o sea, el Océano Atlántico en su dirección a las Indias occidentales<sup>21</sup>.

#### 4. LITERATURAS MEDIEVALES Y RENACENTISTAS

4.1. Ante todo habría que citar en este apartado la serie de traducciones del texto latino de Honorius Augustodunensis, citado en el apartado 3.3., que desde el siglo XII aparecen en lengua alemana, francesa, española e inglesa, por lo menos. Como muestra de estas traducciones ofrecemos aquí las siguientes:

a) En alemán tenemos, en primer lugar, el texto de una especie de descripción del mundo con el título de *Lucidarius*, que suele considerarse del

21. He analizado la obra de Domenico Silvestri en el contexto de sus referencias a las Islas Canarias en mi trabajo «Sobre el conocimiento de las Islas Canarias en el ‘Trecento’: el *De insulis* de Domenico Silvestri», en *Philologica Canariensia* (Las Palmas de Gran Canaria), nº 0, 1994, pp. 239-279, recogido también en mi libro citado en nota 12, pp. 155-204.

1190<sup>22</sup>, donde en la parte correspondiente a la descripción de las islas del mundo encontramos la siguiente descripción de la *Isla Perdida*:

... indem wendelmer ist ein insola heizet Perdita. die ist ebin schône ebin grûne unde wazset eben sûze also daz paradyse. indie insele comen ze einem male helige lûte von geschichte, der gewant smachete nach dem smacke fûnfzehin jar. nie sit mohte dehein mensche dar in comen, unz Got den gûten sanctum Brendanum dar in sante.

También en alemán antiguo podemos ofrecer el texto en verso de la llamada *Weltchronik* (*Crónica del Mundo*) de Rudolf von Ems, que es algo posterior al anterior<sup>23</sup>, y que describe el tema de la *Isla Perdida* y San Brandán entre los versos 3.040 al 3.065:

Ein isil heizit Perdita,  
 du ist so gût das andirswa  
 an gûte, an schone niender lant  
 ist bezzir noh so schone irchant  
 ane das irdesche paradis,  
 das nah dem wunsche in alle wis  
 allir wûnne wunschis rat  
 ûbir al der erde wunne hat:  
 dú stozet an dú selbin lant.  
 in latine ist si genant  
 dú virborne, das ist war,  
 wand zeinir zit ubir ellú jar  
 das lant also virswindit  
 das ez nieman vindit:  
 das lant ist allin lútin gar  
 virborgin vor, wand niemen dar  
 kunt, ez múze von geschicht  
 irgan: man vindit andirs niht  
 wa dú iseles si gelegen.  
 der vil wunderliche Gotis degin,  
 der appet sante Brandan,  
 kam drin, als ich vernomen han,  
 ubir manic hundirt jare sidir

22. Cf. F. Heidlauf (ed.), *Lucidarius*, Dublín-Zurich, 1970, p. 18.

23. Cf. G. Ehrismann (ed.), *Rudolfs von Ems Weltchronik*, Dublín-Zurich, 1967, p. 43.

da sih liez uf die erde nidir  
 von Noe dú groze diet,  
 do si von Babilonie schiet.

b) En francés merece la pena destacarse aquí el pasaje de *L'image du monde*, poema de unos 6.600 versos que viene a ser una versión poética de la obra de Honorius Augustodunensis, a veces asignada a autores como Gossouin o Gautier de Metz, pero, en cualquier caso, compuesta en la segunda mitad del siglo XIII. El poema se divide en tres partes y en la segunda describe, en el capítulo 13, las islas de la tierra, entre las que está la nuestra, en los siguientes términos<sup>24</sup>:

Une autre ille est que on ne puet  
 Veoir comme on aler se veult,  
 Et aucune fois est veue:  
 Si l'apelle on l'Ille Perdue  
 Celle ille trouva sains Brandains,  
 Qui mainte merville vit ains.

c) En español medieval hay dos versiones de la obra de Honorius que venimos citando. La una, del siglo XIII, aparece con el título *Mapa-Mundi* y se la asigna a Isidoro de Sevilla por parte de algunos autores<sup>25</sup>. En el párrafo 139 encontramos la siguiente visión de nuestra isla:

139. *De la ysla Pardita [IM 36]*  
 E otrosy en el mar Oçeano ay otra ysla que dizen Pardita, segun el latyn, e esta tierra es muy rrica e muy abastada de todas las cosas del mundo, e es muy viçiosa sobre todas las tierras del mundo; e a esta tierra dizen Pardita por que quando la buscan non la fallan, e non la pueden fallar sy non es por aventura; e a aquesta tierra vino San Brandan.

Más o menos por la misma época y en una versión que lleva por título *Semeiança del Mundo* tenemos otro texto, en el párrafo 153, sobre la misma isla, que dice así:

24. Para un estudio de *L'Image du monde* véase Ch. V. Langlois, *La connaissance de la nature et du monde d'après des écrits français à l'usage des laïcs*, París, 1927, pp. 135-197.

25. Cf. A. Blázquez y Delgado Aguilera, *San Isidoro de Sevilla. Mapa-Mundi*, Madrid, 1908.

153 *De la ysla que dizen Pardita*

Otrosi en el mar de Oceano a otra ysla que dizen Pardita en [16-E] latin. Esta ysla es tierra muy rica e muy abastada de todas cosas del mundo... A esta tierra dizen Pardicta por que qua[n]do la buschan non la fallan, a non la pueden fallar si non es en aventura. Ha esta tierra uino San Brandan.

d) Del texto francés citado en el apartado b) se hizo una versión inglesa a fines del siglo XV, que el famoso impresor inglés Guillermo Caxton imprimió en 1480 con el título *Mirroure of the World*, de la que extraemos el siguiente pasaje correspondiente a nuestra isla<sup>26</sup>:

Another yle is there the whiche may not be seen whan men wold goo therto; but somme goo thyder, as men saye; and it is called the yle loste. This yle fonde seynt Brandon the whiche, beyung therin on ferme londe, sawe & fonde many meruailles lyke as his legende conteyneth; & who that wil knowe it maye visyte his legende & rede it.

4.2. Además de las versiones anteriores en lenguas europeas del pasaje de Honorio podríamos mencionar otras referencias medievales y renacentistas de nuestra isla. Tal ocurre con un breve relato latino de Raoul de Glaber de hacia 1047, en el que se encuentra el tema de San Brandán y la movible isla-ballena<sup>27</sup>. En los libros de caballerías el topos literario de las ínsulas es muy importante y entre éstas no falta una llamada la *Insula no Hollada*, como ocurre en *Palicisne de Beocia*, o la *Insula no Fallada*, que aparece en el *Amadis de Gaula*<sup>28</sup>. El motivo de la isla-ballena de la leyenda brandaniana se encuentra también en el primer relato de las aventuras de Sindbad el Marino de *Las Mil y Una Noches*, concretamente al final de la noche 538. La *Isla Perdida* se encuentra también en el ciclo artúrico, donde el motivo de las «islas lejanas» es muy recurrente, al igual que el de la mítica isla de Avalón, en la que tendrá su última morada Arturo de Bretaña. Nuestra isla se cita concretamente en el vol II, p. 125, de la edición de H. O. Sommer (Washington, 1909-1913), *La vulgate version of the Arthurian romances*<sup>29</sup>. Asimismo, el tema de la isla ballena existe igualmente en un relato corto castellano del siglo XVI, anónimo, que pone en relación «las islas Fortunadas que llaman de Canaria» con

26. Cf. O. H. Prior, *Caxton's Mirroure of the World*, Londres, 1913, fo 51.

27. Cf. A. Navarro González, *El mito marino de las ínsulas*, Las Palmas de Gran Canaria, 1964, p. 48-49.

28. Cf. L. Rubio García, «La ínsula Barataria», en *Estudios literarios dedicados al profesor Mariano Baquero Goyanes*, Murcia, 1974, pp. 639-653, esp. p. 640-41.

29. Cf. L. Olschki, *Storia letteraria delle scoperte geografiche*, Florencia, 1937, p. 52, nota 79.

el motivo citado y que tiene por título precisamente *La Ballena*<sup>30</sup>. En italiano habría que hacerse eco del gran poema de Ludovico Ariosto (1474-1533) *Orlando Furioso*, en el que se menciona expresamente la isla de San Brandán como «ch'ella sia una isoletta ci credemo» (canto VI) y donde también se nos introduce el episodio referente a Ulania, embajadora de la reina de la *Isla Perdida* (canto XXXVII)<sup>31</sup>:

Bradamante observando con atención a las tres doncellas, reconoció en una de ellas a Ulania, aquella embajadora que había venido a Francia desde la isla Perdida.

Igualmente en italiano aparece nuestro tema en un conocido islario de Th. Porcacchi, publicado en Venecia en 1572, con el título *L'isole piu famose del Mondo*, donde en el capítulo dedicado a Islandia, identificada como la isla Tule, dice expresamente que otros la han llamado «Isola perduta per esser tanto remota»<sup>32</sup>. En literatura francesa, finalmente, habría que citar el tema de la isla inaccesible del cap. LVII de la obra de F. Rabelais, *Le quart livre des faits et dicts du bon Pantagruel*, París, 1552.

## 5. CARTOGRAFÍA

5.1. Uno de los aspectos poco investigados todavía, a nuestro parecer, es el del estudio de la cartografía como fuente documental para una serie de cuestiones relacionadas con nuestro tema. Debe tenerse en cuenta que en muchos casos los mapas y atlas medievales y renacentistas están elaborados sobre la base de los textos griegos y latinos de los autores de la Antigüedad. De ahí que en frecuentes ocasiones los cartógrafos acompañen sus obras de pasajes latinos correspondientes a esos autores. Estos textos son, a veces, muy interesantes como documento adicional a las fuentes literarias. Para el caso que nos ocupa disponemos ahora de una obra del especialista en cartografía Juan Tous Meliá, publicada por el Museo Militar Regional de Canarias con el título *Plan de las Afortunadas Islas del Reyno de Canarias y la Isla de San Borondón*, (1996), donde se encuentra recogida, y muy bien documentada, la mayoría de las representaciones cartográficas referi-

30. Véase el texto en J. Fradejas Lebrero (ed.), *Novela corta del siglo XVI*, ed. Plaza y Janés, vol. II, pp. 675-88.

31. Para una versión española de este famoso poema remitimos a la edición de M<sup>a</sup> D. Cabanes Pecourt, Madrid: Editora Nacional, 1984.

32. Por el texto de Porcacchi, así como por los citados en las notas 22 y 23, quiero expresar aquí mi más profundo agradecimiento a mi colega de la Universidad de Lovaina, Monique Mund-Dopchie, quien ha sido la que me los ha proporcionado.

das a nuestra isla. De esta obra extraemos gran parte de los datos que citamos a continuación.

5.2. Desde el punto de vista de la cartografía medieval y renacentista hay que decir que la primera mención de unas islas de San Brandán, asociadas a las Afortunadas, se encuentran en el llamado planisferio de Hereford, así denominado por custodiarse en la catedral de este nombre, datado hacia el 1290, que contiene en latín la inscripción: «Las seis Islas Afortunadas son las Islas de San Brandán». De unos pocos años posteriores es el mapamundi del discario del convento de Ebstorf, en Hannover, destruido en 1943, pero del que disponemos de reproducciones anteriores. En él aparece mencionada por primera vez en la cartografía la *Isla Perdida* con la inscripción en latín: «Isla Perdida. San Brandán la encontró, pero desde que navegó desde ella ningún hombre después la ha encontrado». Posterior a estos dos mapas citados es frecuente la mención de unas islas de San Brandán colocadas en distintas latitudes del océano Atlántico, como, por ejemplo, en la carta portulana del mallorquín Angelino Dulcert de 1339, con una inscripción latina que dice: «Islas de San Brandán o de las vírgenes». De 1367 es la carta portulana de los hermanos Pizzigani, en la que se coloca por encima de las Islas Canarias la figura de San Brandán con las manos extendidas. Otros famosos mapas de los siglos XIV y XV que hacen mención de unas islas de San Brandán son los de Guillermo Soler (1380 y 1385), los de Maciá de Viladestes (1413), los de Grazioso Benincasa (1461 y 1482), el de Paolo Toscanelli (1476) y el de Martín de Behain (1492). Incluso después del descubrimiento de América los cartógrafos siguieron dibujando en sus mapas unas islas de San Brandán, como ocurre en la famosa *Carta Nautica del mundo* levantada en 1569 por Gerardo Mercator o en el *Theatrum Orbis Terrarum* de Abraham Ortelius, publicado en Amberes en 1570 y conocido como el primer atlas moderno. Todavía en 1653, en el *Mapa de Les Isles Canaries* de P. Du Val d'Abbeville, se coloca en francés, al oeste de la isla de La Gomera, el siguiente texto: «Al poniente de las Islas Canarias, algunos sitúan las de San Borondón, algunas de las cuales son la Inaccesible, que otros llaman la Fortunada, la Encantada, la No Encontrada, etc»<sup>33</sup>.

5.3. Al lado de esta cartografía general y universal podríamos hacer mención aquí, además, de lo que algunos estudiosos han denominado «cartografía canaria de la isla de San Borondón», que es el título de un interesante trabajo del historiador E. Benito Ruano, uno de los mejores estudiosos de nuestro tema<sup>34</sup>. A esta cartografía

33. Véase el texto y el mapa en la obra citada de J. Tous, p. 22 y 25.

34. Cf. E. Benito Ruano, «Cartografía canaria de la isla de San Borondón», en *V Coloquio de Historia Canario-Americana*, tomo IV, Las Palmas de Gran Canaria, 1985, pp. 145-

perteneceían los planos de San Borondón levantados por los ingenieros Torriani y Cazorla (hacia 1592), o las plantas de la Isla de San Borondón de Pedro Agustín del Castillo y León (1686) y Pedro Agustín del Castillo y Ruiz de Vergara (1721), o los bocetos de la misma isla encontrados en un manuscrito de Manuel Fernández Sidrón (1735) y de Matías Pedro Sánchez Bernalt (1735), o el diseño de San Blandon de Cayetano de Huerta, o el dibujo de la isla de San Borondón realizado por el historiador José de Viera y Clavijo en 1772, reproducido en su obra *Historia de Canarias*<sup>35</sup>. Como puede apreciarse, no son escasas las representaciones cartográficas de nuestra isla, y eso que nos hemos limitado a mencionar sólo las más conocidas y más frecuentemente citadas.

## 6. ASPECTOS HISTÓRICOS

6.1 Pretendemos en esta sección de nuestro trabajo abordar algunos aspectos históricos relacionados con nuestro asunto. Lo más sobresaliente de los hechos que ahora vamos a referir tiene que ver precisamente con el Descubrimiento de América y con las relaciones entre Portugal y España en los siglos XV y XVI. Somos muy conscientes de que no somos historiadores profesionales y menos del periodo señalado, por lo que aquí vamos a limitarnos a unos cuantos episodios en la medida en que nos son conocidos. Para empezar diremos que la presunción de una o varias islas atlánticas, al oeste de los Archipiélagos de las Azores, Madeira, Canarias y Cabo Verde, llámese *Isla Perdida*, Islas de San Brandán o San Borondón, es uno de esos mitos, como el del Paraíso, con el cual se relacionan de alguna manera, que, al decir de muchos estudiosos, han sido «el motor que impulsó un buen conjunto de expediciones descubridoras»<sup>36</sup>. Es bien conocida la obsesión de Colón por confirmar, por ejemplo, el mito del Paraíso, supuestamente situado al oeste del Océano Atlántico, lo que ha hecho que autores como J. Gil o E. de Gandía hablen de los mitos de la conquista americana o de las utopías del Descubrimiento<sup>37</sup>. Referido a nuestro caso, y también en relación con el descubridor de

---

160. Del mismo autor merecen citarse sus trabajos recogidos en *San Borondón, octava Isla Canaria*, Valladolid, 1978.

35. Para la visualización de todas estas representaciones remitimos a la obra citada de J. Tous, pp. 26-33, a las que habría que añadir el mapa reproducido en la portada de su libro correspondiente a la obra publicada de 1762.

36. Cf. A. Gutiérrez Escudero, *América: descubrimiento de un mundo nuevo*, Madrid, 1990, p. 21.

37. Cf. E. de Gandía, *Historia crítica de los mitos de la conquista americana*, Madrid, 1929; J. Gil, *Mitos y utopías del descubrimiento*, 3 vols., Madrid, 1989.

América, resulta curiosa la noticia que se nos ofrece en su *Diario de a bordo*, correspondiente al 9 de agosto de 1492, cuando el Almirante se encontraba en la isla de La Gomera. Aquí le refieren unos vecinos de la isla de El Hierro que cada año veían tierra al oeste de las Canarias, lo cual le aseguraban también unos vecinos de La Gomera. Ante esto continúa el *Diario*:

Dice aquí el Almirante que se acuerda que estando en Portugal el año de 1484 vino uno de la isla de Madeira al rey a le pedir una carabela para ir a esta tierra que venía, el cual juraba que cada año la veía y siempre de una manera. Y también dice que se acuerda que lo mismo decían en las islas de las Azores...<sup>38</sup>.

Un episodio similar a éste nos relata su hijo Hernando Colón en su *Historia del Almirante*, cuando en el capítulo IX se cuenta que un tal Antonio Leme, casado en la isla de Madeira, le refirió que, habiendo navegado muy adelante hacia occidente, había visto islas, ante lo que el Almirante no se fiaba y creía que «no podía ser otra que alguna de las mencionadas como se presume fueron aquellas denominadas de San Brandán, en las cuales se refiere haberse visto muchas maravillas»<sup>39</sup>. Dejando aparte problemas serios relacionados con Colón y la famosa teoría del piloto anónimo y el conocimiento que antes de 1492 tenía el Almirante de las tierras que más tarde describiría, lo que resulta evidente por los textos citados es que por esta época la creencia en una isla perdida estaba muy arraigada en los Archipiélagos de Azores, Madeira y Canarias. Tanto es así que de hacia 1480 existe el elocuente testimonio del viajero flamenco Eustache de la Fosse, quien «nos informa de la viva creencia portuguesa y española en unas islas perdidas y encantadas que sólo se mostrarán de nuevo cuando España entera vuelva a la salvadora fe católica»<sup>40</sup>. Estas relaciones luso-hispanas culminarían con el Tratado de Évora del 4 de junio de 1519, por el que el rey de Portugal cede al de Castilla los derechos sobre las legendarias islas *Aprosita*, *Antilia*, *San Borondón*, la *Isla Non Trubada* y la *Encantada*, que no son sino otros tantos nombres de nuestra *Isla Perdida*.

6.2. De la amplísima bibliografía de los historiadores de Indias me voy a limitar aquí a ofrecer tres o cuatro referencias a nuestro tema. La más llamativa, posiblemente, sea la de Pedro de Medina, quien en su obra de 1549 *Libro de grandezas y cosas memorables de España*, en el capítulo XLII, al hablar de la isla Antilla nos dice que no está muy distante de la de Madeira y que «agora no se ve». Luego nos

38. Cf. L. Arranz (ed.), *Cristóbal Colón. Diario de a bordo*, Madrid, 1991, pp. 75-76.

39. Cf. L. Arranz (ed.), *Hernando Colón. Historia del Almirante*, Madrid, 1984, pp. 72-73.

40. Cf. A. Navarro González, *op. cit.*, p. 25.

cuenta la historia en latín de que esta isla había sido hallada en otro tiempo por los lusitanos, «mas agora cuando es buscada, no se halla» y nos termina contando que la isla tiene un Arzobispo y seis obispos, cada uno con ciudad propia, por lo que se la conoce también como «la isla de las siete ciudades». Esta es la primera referencia a la identificación del tema de la *Isla Perdida* con el de la de las Siete Ciudades<sup>41</sup>. Sobre la conexión de la isla de Madeira con el tema que estamos tratando habría que citar también la referencia del mercader inglés Thomas Nichols, quien en su *Descripción de las Islas Afortunadas* (hacia 1560), hablando de la isla de Madeira, dice: «Como quiera que fuese, pretenden que entre dicha isla y la isla de La Palma está una isla aún sin descubrir, que es la verdadera isla de Madeira, llamada San Brandán»<sup>42</sup>. Una segunda referencia a nuestra isla en la literatura histórica de los descubrimientos colombinos la tenemos en Bartolomé de las Casas (1474-1569), libro I, cap. 7 de su *Historia de las Indias*, donde cita el texto de Honorius, que él cree que es de San Anselmo, según el cual «en el mar Océano había una isla de frescura, fertilidad y suavidad, mucho más que otras excelentísima, que se llamaba la Perdida, que algunas veces acaso la hallaron y hallaban y otras, cuando de propósito la iban a buscar y a escudriñar, no la veían»<sup>43</sup>. Como tercera mención de nuestra isla podría valer, por ejemplo, el pasaje de la *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del Gran Reino de la China* (1585), del agustino Fray Juan González de Mendoza, quien en el libro tercero, cap. I, de su obra, después de mencionar las Canarias, dice que a la derecha de estas islas se ve muchas veces una isla a la que llaman San Borondón, que es «fresquísima y muy abundante de arboledas y de mantenimientos... A la cual isla han ido infinitas veces nuestros españoles de intento a buscar y nunca jamás la han hallado, de donde viene que de ella en todas aquellas islas hay diversas opiniones». Termina nuestro autor con la cuestión diciendo que en su opinión es una isla imaginaria o encantada o con algún otro misterio mayor, por lo que mejor sería dejar el tema y seguir la exposición<sup>44</sup>. Terminamos este apartado con la única referencia que hemos encontrado hasta la fecha de relacionar la *Isla Perdida* con el Archipiélago de Cabo Verde. Se encuentra en el historiador Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557), quien en 1519 publica su primera obra, que no es precisamente histórica:

41. Cf. A. González Palencia (ed.), *Pedro de Medina. Libro de grandezas y cosas memorables de España*; Madrid, 1944, p. 70.

42. Cf. A. Cioranescu, *Thomas Nichols. Mercader de azúcar, hispanista y hereje*, La Laguna, 1963, p. 124.

43. Véase el texto en la edición de Juan Pérez de Tudela, Madrid: BAE, 1957.

44. Cf. la edición de la obra realizada por el P. Félix García, Madrid: Aguilar, p. 302-303.

el *Claribalte*. Se trata de una especie de novela de caballerías en la que se nos cuentan peripecias de todo tipo, algunas de ellas ubicadas en Canarias y más lejos aún, en «una de las Islas Perdidas, que agora se llaman de Cabo Verde»<sup>45</sup>.

6.3 En el ámbito canario prácticamente no hay historiador de Canarias que se precie que no le dedique un capítulo a la «famosa cuestión de San Borondón», como la calificó Viera y Clavijo en el siglo XVIII. Esta isla misteriosa, enigmática y fantasmagórica hasta tal punto está arraigada en el imaginario colectivo del pueblo insular que se la considera la octava isla del Archipiélago canario. A pesar de su inexistencia empírica, testigos oculares de alta alcurnia, como preladados, religiosos, capitanes, escribanos y doctores, así como numerosos marineros y campesinos, han alegado haberla visto por nuestro Archipiélago. Se llegó incluso a levantar un plano de la misma, como hicieron ya en el siglo XVI los ingenieros P. Cazorla y L. Torriani, mientras que el historiador canario Abreu Galindo, por su parte, se atrevió a fijar sus coordenadas en la cartografía: diez grados y diez minutos de longitud y veintinueve grados y treinta minutos de latitud. Se creyó tan firmemente en su existencia que desde el siglo XVI se organizaron varias expediciones para su búsqueda, siendo una de las más conocidas la ordenada por el Capitán General de las Canarias, Juan de Mur y Aguirre, en 1721, sobre cuyo contexto socioeconómico se acaba de publicar un interesante trabajo en el que se apunta a la hipótesis de que la búsqueda de la isla paradisíaca «se proponía como la solución para los problemas canarios de 1721»<sup>46</sup>. Es más, hay quien asevera haberla fotografiado, como se recoge en el testimonio publicado por el ABC madrileño el 10 de agosto de 1958. Y para que no falte de nada, ha habido quien ha muerto por San Borondón, según nos relata el escritor grancanario Luis García Díaz, más conocido por el seudónimo literario de Luis García de Vegueta, en su obra *Islas Afortunadas* de 1944. Publica aquí nuestro autor un curioso documento, que asegura haberlo encontrado en el Archivo de Indias sevillano, consistente en la declaración de un tal Juan Palomo ante la Audiencia de Las Palmas, según la cual se apareció por el oeste de la isla de La Palma una tierra que llamaban «isla de san borodón o balandrán». Al aparecer, unos decían que era tierra de Dios, otros que del Diablo y otros que era tierra natural. Curas y seglares defendían calurosamente sus opiniones con palos, piedras y cayados. Al mezclarse en el tumulto el capellán presbítero recibió un golpe en el cogote por el que «murió sin extremaunción, y se le administró los santos óleos y la vendición y se le dio sepul-

45. Cf. A. Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas*, México, 1978, p. 262.

46. Cf. F. Bruquetas de Castro-L. Toledo Bravo de Laguna, «San Borondón (El contexto socioeconómico de la expedición de 1721)», en *Vegueta*, 2 (1995-96), pp. 65-71.

tura christiana». ¡A lo que ha podido llegar la discusión samborondoniana!. Se cumplía así la opinión que ya en el siglo XVIII nos daba Viera y Clavijo: «La existencia de la isla de San Borondón es un problema, acerca del cual tenemos tres sistemas. El primero es el del vulgo, supersticioso e ignorante, que atribuye su inaccesibilidad a una especial providencia divina o magia diabólica. El segundo es el de los que se obstinan en sostener su realidad con pruebas de hecho y buscar razones para que no se haya descubierto todavía y para que con dificultad se pueda descubrir. El tercero es el de los críticos y filósofos, que niegan absolutamente que exista tal isla fuera de nuestros ojos o de nuestra imaginación»<sup>47</sup>.

6.4. De las expediciones organizadas, tanto por españoles como por portugueses, en pos de la fantástica San Borondón, habría que citar como la primera la del portugués Fernão Dulmo, quien el 3 de marzo de 1486 consigue del gobierno portugués autorización para ir a descubrir la que se presupone isla de las Siete Ciudades. Es este un episodio bien conocido de los estudiosos que han abordado los antecedentes de los descubrimientos colombinos. Luego siguieron otras expediciones en los años de 1526, 1556, 1569, 1570, 1604, hasta la de 1721 ya citada. Pero hay otra expedición organizada hacia 1519, o muy poco después, que no es tan conocida y que ha sido algo ignorada por los historiadores canarios. Es la organizada por Francisco Fernández de Lugo, sobrino del conquistador de Tenerife y primer Adelantado de Canaria, Alonso Fernández de Lugo. Francisco Fernández de Lugo fue regidor de La Palma y luego de Tenerife entre 1520 y 1540. Aprovechando una estancia en la península en 1519 propone a la Cámara de Castilla unas capitulaciones muy semejantes a las de Cristóbal Colón. La Cámara dio su beneplácito en todo cuanto se le propuso. Al decir del prestigioso historiador Alejandro Cioranescu, este episodio «es la primera investigación metódica acerca de la isla de San Borondón, después de la expedición de Colón a las Indias»<sup>48</sup>. En el inicio de uno de los documentos que acreditan esta expedición podemos leer lo siguiente<sup>49</sup>:

Francisco Fernández de Lugo, regidor de la ysla de Thenerife, dize que él vive en la ysla de La Palma, en las yslas de Canaria, de donde muchas vezes se vee e devisa una ysla que se llama Sant Blandián, a la qual muchos han ydo a

47. Cf. J. de Viera y Clavijo, *Historia de Canarias*, vol I, Santa Cruz de Tenerife, 1982, pp. 93-94.

48. Cf. A. Cioranescu, «El Capitán General de San Borondón», *Jornada* (Santa Cruz de Tenerife) 11 de noviembre de 1982.

49. Cf. A. Cioranescu, «Las Indias de San Borondón», en *Estudios Canarios*, XIV-XV(1970), pp. 56-63.

buscar, asy vassallos de Vuestra Magestad como del rey de Portugal, la qual dicha yslla nunca han podido hallar...

Por supuesto que la isla jamás se encontró, pero no deja de ser curioso que San Borondón haya tenido un Capitán General antes de ser descubierta, como Colón había sido Almirante antes de descubrir las Indias, pero con la condición expresa de hallarlas<sup>50</sup>. Como isla perdida que jamás se ha encontrado, San Borondón es, como muy bien afirma Cioranescu, tanto por su carácter imaginario como por sus implicaciones con la realidad, «un subproducto de la imagen colectiva de Canarias y de las Indias: situada entre las dos, así como entre la realidad y la ficción, sólo le ha faltado la confirmación del descubrimiento»<sup>51</sup>.

## 7. LITERATURA MODERNA UNIVERSAL

7.1. Como isla imaginaria, de ensueño, la *Isla Perdida*, de San Brandán o de San Borondón, ha tenido un rico tratamiento literario desde el renacimiento hasta nosotros. Naturalmente, en el marco de la presente Comunicación no podemos entrar a fondo en él, por lo que voy a limitarme a ofrecerles unas cuantas pinceladas, de las más significativas, a mi entender, sobre tan apasionante tema. Dejaremos para un último capítulo lo concerniente al tratamiento literario en el ámbito canario. Empezaré con la mención del beneditino español del siglo XVIII, el padre Benito Feijóo (1676-1764), quien dedica uno de los capítulos de su *Teatro crítico* a «Fábulas de las Batuecas y países imaginarios», donde en el parágrafo X aborda la isla de San Borondón que le dicen se puede ver desde la isla de El Hierro. Después de exponer todo lo referente a la misma que había llegado a su conocimiento concluye nuestro ensayista afirmando que «la isla de San Borondón es una mera ilusión»<sup>52</sup>. De la rica literatura de viajes relacionada con las Islas Cana-

50. Estos documentos han sido de nuevo estudiados, más recientemente, por Emelina Martín Acosta, «La Capitulación de Francisco Fernández de Lugo para conquistar San Borondón», en *X Coloquio de Historia Canario-Americana*, vol. II, Las Palmas de Gran Canaria, 1994, pp. 278-296. Sobre otra Capitulación similar, la de Gabriel de Socarrás, acaba de publicar la misma autora otro interesantísimo documento en el que San Borondón se confunde con San Bernardo: E. Martín Acosta, «Capitulación de Gabriel de Socarrás para la conquista de San Bernardo (San Brandán o San Borondón)», en *Revista de Historia Canaria*, 178 (1996), pp. 129-149.

51. Cf. A. Cioranescu, artículo citado en nota 48.

52. Cf. A. Millares Carlo, *Obras escogidas del P. Fray Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro*, Madrid: BAE, 1961, vol III, p. 92.

rias que desde el mismo siglo XVI hasta nuestros días no ha dejado de hacerse mencionaremos aquí como muestra sólo el caso de uno de los viajeros más ilustres que ha dado esplendor a nuestro Archipiélago: Alejandro de Humboldt, cuya obra *Del Orinoco al Amazonas*, basada en su viaje de 1799, es todo un clásico de este tipo de literatura. En uno de sus capítulos, hablando de su permanencia en nuestras islas aparece el tema de San Borondón de la siguiente forma: «Las producciones del Nuevo Mundo no pueden llegar al antiguo sino por latitudes muy elevadas y siguiendo la dirección de la corriente de La Florida. A menudo son arrojados sobre las costas de las islas de Hierro y la Gomera frutos de varios árboles de las Antillas. Antes del descubrimiento de América miraban los canarios esos frutos como provenientes de la isla encantada de San Borondón que, según la imaginación de algunos pilotos, y de acuerdo con algunas leyendas, estaba situada al Oeste en una parte incógnita del océano, que se suponía arropada por perpetuas neblinas»<sup>53</sup>. En 1855 publicó el norteamericano Washington Irving (1783-1859) sus *Crónicas de Wolfert's Roost*, en las que se hace eco de nuestra isla en relación con la historia de Canarias. Tras referir lo concerniente a las cosas maravillosas que se han contado de esta enigmática isla, nuestro autor añade: «Esta misteriosa isla fue estigmatizada por los antiguos cosmógrafos con el nombre de Apropositus o la Inaccesible»<sup>54</sup>. Pero la primera obra narrativa a gran escala que utiliza la isla de San Brandán como marco geográfico en el que se mueven sus personajes es el británico Charles Kingsley (1819-1875), autor de un cuento de hadas titulado *Los niños del agua*, publicado en 1853. Kingsley marca en la historia de la novela inglesa el tránsito del género histórico al de aventuras. Su obra citada tiene a San Brandán como protagonista y su isla mágica o bendita la sitúa su autor en el Atlántico, al oeste de Irlanda<sup>55</sup>. En el marco de la literatura española uno de los grandes autores que introduce en sus obras el tema de nuestra isla es el escritor valenciano Vicente Blasco Ibáñez. Lo hace, que nosotros sepamos, al menos dos veces. Una, con ocasión de su obra *Los Argonautas*, publicada en 1914, pocas semanas antes del principio de la Primera Guerra Mundial, inspirada en sus aventuras y correrías por Argentina y Uruguay. En el capítulo tercero de esta obra hace el autor un excelente resumen de toda la mitología concerniente al tenebroso Atlántico, este mar de tinieblas, y a los lugares más allá de las Columnas de Hércules, citando las islas fantasmas que se creía todavía existían en él, como la de las Siete Ciudades, y San Borondón, que Blasco Ibáñez denomina San Borombón,

53. Citamos por la reciente publicación realizada a cargo de M. Hernández González, *Alejandro de Humboldt. Viaje a las Islas Canarias*, La Laguna, 1995, p. 57.

54. Cf. W. Irving, *Chronicles of Wolfert's Roost and other Papers*, Edimburgo, 1855, p. 312.

55. Para una síntesis del contenido de la obra de Kingsley, véase A. Manguel-G. Guadalupi, *Guía de lugares imaginarios*, Madrid, 1992, pp. 406-407.

isla que «ocupaba a las gentes de mar durante varios siglos; isla fantasma que todos veían y en la que nadie llegaba a poner pie»<sup>56</sup>. El escritor valenciano da muestra de un gran conocimiento de la relación de nuestra isla con Canarias, a la vez que se hace eco de la tradición mitológica que sobre ella había: «Casi todos los mapas de la época situaban esta isla en las inmediaciones de las Canarias, y ochenta años antes de la independencia de las colonias, cuando la América española iba ya pensando en declararse mayor de edad, todavía salió de Tenerife una expedición mandada por un caballero respetable, y como se trataba de una empresa misteriosa, iban dos frailes en su buque. Algunos creían que esta isla fantasma era el lugar del Paraíso Terrenal, donde viven bienaventuranza eterna Elías y Enoc. La santa poesía se aprovecha siempre de las ficciones populares». La otra referencia a nuestra isla se produce en su obra *En busca del Gran Kan*, publicada en 1928, después de un largo periplo alrededor del mundo. El Gran Kan no es otro que Cristóbal Colón. En la parte segunda de esta obra vuelve a recoger su autor las diversas leyendas sobre las islas fantasmas del Atlántico: la isla *Antilia*, la isla de las *Siete Ciudades*, la isla *Cipango* y la isla de *San Borondón*, a la que ahora cita con su nombre correcto y de la que nos refiere: «En las Canarias algunos marineros veían siempre en el mismo lugar del horizonte una nube fija, que debía de ser una isla, y lamentaban no tener una carabela a su disposición para ir a descubrirla»<sup>57</sup>. A principios de nuestro siglo, hacia 1916, la norteamericana Margaret Mitchell, autora de éxitos tan conocidos como *Lo que el viento se llevó*, escribió su novela *Laysen, la isla perdida*, que permaneció largo tiempo inédita. Es de las pocas novelas que hemos encontrado con el título de isla perdida. La acción se desarrolla en una isla del Pacífico y se inspira en unos amores reales de la autora. El conocido escritor argentino Jorge Luis Borges, uno de los más clásicos contemporáneos de las letras hispánicas, es autor de *El libro de los seres imaginarios* (1967), donde a la hora de hablar de «El Zaratán» nos refiere el cuento geográfico y marinero de los navegantes que desembarcan en una isla sin nombre, que luego se abisma y los pierde. Borges aduce aquí el tema de San Brandán y la isla-ballena, especialmente en la tradición de la literatura árabe, para terminar aludiendo a *Moby Dick*<sup>58</sup>. Un autor español que frecuentemente menciona nuestra temática en su obra es Álvaro Cunqueiro, como no podía ser menos al tratarse de un escritor gallego profundamente conocedor de las tradiciones celtas y entre ellas de la temática de San Brandán. De sus innumerables referencias a nuestra isla destacaría aquí la de un artículo suyo titulado «La Atlántida siempre», publicado con motivo de la aparición de un nuevo libro sobre este tema, en donde llega a sincerarse afirmando que «no hace falta decir que uno prefiere la con-

56. Cf. Vicente Blasco Ibáñez, *Obras completas*, Madrid: Aguilar, 1966., vol. II, p. 532.

57. Cf. *idem*, vol. III, p. 1282.

58. Cf. J. Luis Borges, *El libro de los seres imaginarios*, Barcelona, 1983, pp. 207-209.

cepción que me atrevo a llamar romántica de las islas desconocidas, perdidas al oeste, las islas de los celtas y las Floridas medievales, aquellas hacia las que navegó San Brandán en busca del Paraíso terrenal»<sup>59</sup>. En 1985 publicó el escritor siciliano Gesualdo Bufalino, fallecido hace pocos meses, una selección de trabajos suyos entre los que cabe mencionar uno dedicado a «L'isola prodigiosa», en el que hace una pequeña historia de la temática siciliana de la isla Ferdinandea que como San Borondón aparece y desaparece<sup>60</sup>. Por último, en el tratamiento narrativo de nuestra isla habría que aludir a la obra del profesor y escritor español contemporáneo Emilio Sola, quien en su obra *El paraíso de las islas* (Madrid, 1993), figura como protagonista un Don Borondón, el Babilónico o el Antiguo. Es uno de los pocos tratamientos cómicos que hemos encontrado del nombre de San Borondón. Aunque no debiéramos olvidar que ya en 1983, un poco jocosamente, el escritor y periodista José Hilario Chela escribía acerca de «los platos sobre la mesa de las cocinas de San Borondón», o sea, sobre una gastronomía inexistente, la de San Borondón, de la que llega a decir: «Una isla mágica, soñada y entrevista en tantas latitudes y por tantos marinos, cabalgada y gobernada por la figura mítica y céltica de San Brandán, con una orografía de nieblas, de luces y de oníricas montañas, de imaginados valles y de inhóllables playas»<sup>61</sup>.

7.2. Desde el punto de vista de la poesía, el texto más completo que conocemos hasta la fecha sobre nuestra isla es una de las más bellas poesías dedicadas al tema en todos los tiempos. Se trata de una composición del melancólico autor italiano Guido Gozzano (1883-1916), famoso sobre todo por sus *Cartas de amor*, uno de los últimos poetas románticos más importante. Es un poema en siete estrofas, muy poco citado en los medios literarios, que nosotros reproducimos aquí en su lengua original por mantener la extraordinaria musicalidad de sus versos y ofreciendo paralelamente una traducción al español realizada por mi colega italiano de la Universidad de La Laguna, Alberto Giordano, a quien desde aquí quiero expresar mi más sincero agradecimiento. El poema lleva por título «La más bella» y se encuentra en el libro del citado autor, *Poesie sparse*:

59. Cf. A. Cunqueiro, *Fábulas y leyendas de la mar*, Barcelona, 1983, p. 42. Del mismo autor, puede citarse para nuestro trabajo su artículo «Viaje de San Brandán», en su libro *El envés*, Barcelona, 1969, pp. 351-353.

60. Cf. G. Bufalino, *Cere perse*, Palermo, 1985, pp. 880-884. Doy mis más efusivas gracias a mi colega de la Universidad de Mesina Maria Cannatà por haberme proporcionado el texto de G. Bufalino y las canciones de Francesco Guccini. La obra de Gesualdo Bufalino (1920-1996) sólo últimamente se ha traducido al español, como hace poco nos ha recordado Mauricio Bach (véase *La Esfera*, 9 de marzo de 1998), para quien el autor siciliano es «uno de los pocos escritores imprescindibles de la Europa de este final de siglo».

61. Cf. J. H. Chela, «Los platos sobre la mesa en las cocinas de San Borondón», en la revista *Sanborondón*, 2(1983), p. 6.

*LA PIÙ BELLA!*

Ma bella più di tutte l'Isola Non-Trovata:  
 quella che il Re di Spagna s'ebbe da suo cugino  
 il Re di Portogallo con firma sugellata  
 e bulla del Pontifice in gotico latino

L'Infante fece vela pel regno favoloso,  
 vide le Fortunate: Uinonia, Gorgo, Hera  
 e il Mare di Sargasso e il Mare Tenebroso  
 quell'isola cercando... Ma l'isola non c'era.

Invano le galee panciute a vele tonde,  
 le carvelle invano armarono la prora:  
 con pace del Pontefice l'isola si nasconde  
 e Portogallo e Spagna la cercano tuttora.

L'isola esiste. Appare talora di lontano  
 tra Teneriffe e Palma, soffusa di mistero:  
 «... l'Isola Non-Trovata!» Il buon Canariano  
 dal Picco alto di Teyde l'addita al forestiero.

La segnano le carte antiche dei corsari:  
 ... Hisola da-trovarsi? ... Hisola pellegrina?...  
 È l'isola che scivola sui mari;  
 talora i naviganti vedono vicina...

Radono con le prore quella beata riva:  
 tra fiori mai veduti sveltano palme somme,  
 odora la divina foresta spessa e viva,  
 lacrima il cardamomo, trasudano le gomme...

S'annuncia col profumo, come una cortigiana,  
 l'Isola Non-Trovata... Ma, se il pilota avanza,  
 rapida si dilegua come parvenza vana,  
 si tinge dell'azzurro color di lontananza...

## LA MÁS BELLA

Y más bella de todas la Isla No-Hallada:  
 la que el rey de España tuvo de su primo  
 el rey de Portugal con firma sellada  
 y bula del Pontífice en gótico latino.

El infante hizo vela para el reino fabuloso,  
vio las Afortunadas: Uinonia, Gorgo, Hera  
y el Mar de los Sargazos y el Mar tenebroso  
buscando aquella isla... Pero la isla no estaba.

En vano las galeras panzudas de velas redondas,  
en vano las caravelas armaron la proa:  
con paz del Pontífice la isla se esconde  
y Portugal y España aún la están buscando.

La isla existe. Aparece a veces desde lejos  
entre Tenerife y Palma, rodeada de misterio:  
«La Isla No-Hallada!» Y el buen Canario  
de la cumbre del Teide la enseña al forastero

La muestran los mapas antiguos de los corsarios:  
¿...Isla por hallar? ... ¿Isla peregrina?  
Es la isla que se desliza sobre los mares;  
a veces los navegantes la ven carcana.

Rozan con las proas la ribera feliz:  
entre flores nunca vistas se levantan palmeras,  
perfuma la divina floresta densa y viva,,  
llora el cardamomo, lentas gotean las gomas...

Se anuncia con el perfume, como una cortesana,  
la isla No-Hallada... Y, si el piloto avanza,  
rápida se desvanece como apariencia vana,  
se tiñe del color azul de lejanía...

(Trad. de A. Giordano)

Inspirándose en este poema, el cantautor italiano Francesco Guccini, natural de Bolonia, editó en 1970 un disco-cassette, entre cuyas canciones introduce dos tituladas «L'isola non trovata», cuyo texto viene a decir en español:

El Rey de España dio vela  
buscando la isla encantada,  
pero aquella isla no estaba  
y nunca nadie la encontró.

Desapareció de la proa de la galera,  
como una idea;

como una espléndida utopía  
se ha ido lejos y nunca volverá.

Los antiguos mapas de los corsarios  
llevan un signo misterioso:  
de él hablan bajito los marineros  
con un pavor supersticioso.

Nadie sabe si existe de verdad,  
o si es un pensamiento;  
sí a veces el viento tiene su perfume,  
es como el humo que nunca alcanzas.

\*

A veces aparece envuelta en la neblina,  
mágica y bella; pero, si el piloto avanza,  
con alas de misterio ya ha volado lejos  
teñida del color azul de lejanía.

(Trad. de A. Giordano)

Otro cantautor italiano, Edoardo Bennato, dedica una de sus canciones a la isla que no existe (*L'isola che non c'è*), cuyo texto es el siguiente:

Seconda stella a destra questo è il cammino  
e poi dritto fino al mattino  
poi la strada la trovi da te  
porta all'isola che non c'è.

Forse questo ti sembrerà strano  
ma la ragione ti ha un po' preso la mano  
ed ora sei quasi convinto che  
non può esistere un'isola che non c'è.

E a pensarci, che pazzia,  
è una favola,  
è solo fantasia  
e chi è saggio, chi è maturo lo sa,  
non può esistere nella realtà!

Son d'accordo con voi non esiste una terra  
dove non ci son santi né eroi

e se non ci son ladri  
 se non c'è mai la guerra  
 forse è proprio l'isola chen non c'è  
 ... che non c'è...

E non è un'invenzione  
 e neanche ungioco di parole  
 se ci credi ti basta perché  
 poi la strada la trovi da te...

Son d'accordo con voi  
 niente ladri e gendarmi  
 ma che razza di isola è?  
 Niente odio e violenza  
 né soldati né armi  
 forse è proprio l'isola che non c'è  
 ... che non c'è...

Seconda stella a destra questo é il cammino  
 e poi dritto fino al mattino,  
 no ti puoi sbagliare perché,  
 quella è l'isola chen non c'è!...

...E ti prendono in giro  
 se continui a cercarla  
 ma non darti per vinto perché  
 chi ci ha già rinunciato  
 e ti ride alle spalle  
 forse è ancora più pazzo di te!<sup>62</sup>

## 8. EL CONTEXTO CANARIO

8.1. En el ámbito geográfico de las Islas Canarias el tema de nuestra isla, especialmente conocida como San Borondón, ha sido muy utilizado literariamente a lo largo de toda nuestra historia. Ofrecemos a continuación sólo un pequeño recorrido por diversos autores, predominantemente canarios, que han tenido a San

62. Citamos por el trabajo de Nadia Minerva en la obra de J. C. Marimontou-J. M. Racault (eds.), *L'insularité. Thématique et Représentations*, París, 1995, p. 159.

Borondón como objeto de su inspiración. Desde el punto de vista de la poesía, una de las primeras menciones de San Borondón entre los poetas escritores canarios podría ser la de Viera y Clavijo, que en su poema titulado *Los Vasconautas*, canto tercero, estrofa 45, dice:

Sobre un césped de hinojos y poleo,  
descansando del sol que la acalora  
a Catalina vi de San Mateo  
allá en San Borondón predicadora.

Es conocido el trato de favor que nuestro ilustre historiador concedió al tema de San Borondón, lo que ha llevado a algún estudioso a calificar a Viera y Clavijo como «el primer samborondonista»<sup>63</sup>.

Hacia 1932 escribió nuestra ilustre estudiosa de todo lo canario, María Rosa Alonso, un pequeño artículo que luego publicó en 1940 con el título *San Borondón, signo de Tenerife*. En este opúsculo nuestra prolífica autora hacía un llamamiento a los poetas actuales para que compusieran un romance sobre San Borondón: «San Borondón está de nuevo en nosotros. Vengando sus injurias. Hacedle, poetas, un romance de desagravio a San Borondón. Organicemos en su busca una quinta expedición, de batalla, de lucha. Para morir o vencerla con su maldición dentro. Tal hubiéramos querido hacer unos cuantos. Pero cuando la ira de la Encubierta hierve, nadie quiere embarcarse para ella, ni nadie quiere hacer de general Mur». A este llamamiento no respondió ningún poeta, pero sí el pintor Juan Ismael, que dedicó uno de sus famosos cuadros a la aparición de la isla de San Borondón<sup>64</sup>. No obstante, la profesora tinerfeña conocía un romancillo marino que había publicado en 1928 el historiador canario Buenaventura Bonnet en la *Revista de Historia*. El romance le había sido enviado al Sr. Bonnet por D. Francisco Montesdeoca quien, a su vez, creía que era una canción anónima cantada por los marineros del Puerto de la Cruz. En este romance se cuenta la pérdida de una barca, «La Elvira», que se hunde cuando intentaba encontrar la isla de San Borondón. El romance reza así:

63. Así lo define José Ayala Zamora en su artículo «El primer samborondonista», publicado en el periódico tinerfeño *El Día*, el 27 de diciembre de 1981, p. 25.

64. Sobre este pintor puede verse ahora la monografía de E. Padorno, *J. Ismael*, publicada por el Gobierno de Canarias en su Biblioteca de Artistas Canarios, Santa Cruz de Tenerife, 1995, donde en la p. 106 hay una foto del pintor junto a su proyecto de decoración mural de 1935 con el título *Aparición de la isla de San Borondón*.

Trimenda mentira  
nos metió el patrón  
quien siendo muy joven  
mucho navegó  
en la barca «Elvira»,  
la que se perdió,  
buscando la isla  
que un marinero vio  
frente a La Gomera  
con todo claror.  
El patrón contaba  
cosas que inventó  
porque aquella isla  
jamás la encontró,  
ni vióla en su vida  
ni a ella arribó.  
Era la encantada  
que desapareció,  
la isla llamada  
de San Borondón.  
Boguen compañeros  
que el viento rondó  
y la mar nos tumba  
sobre «El Caletón».  
Boguemos ligeros  
con fuerza y ardor,  
que allá en «Los Pesqueros»  
la «Elvira» se hundió,  
sin dar con la isla  
de San Borondón.

Seguimos la versión ofrecida por Rosa María Alonso en la *Revista de Historia*, 1944, p. 299. En su libro ya citado anteriormente, Luis García de Vegueta publicó otra versión del mismo romance, con el añadido de algunos versos, diciendo que se trata de un «romancillo que la gente marinera solía cantar como acompañamiento del chapoteo de los remos en el agua». En la actualidad esta composición es mucho más conocida gracias a la versión musical que de la misma realizaron *Los Sabandeiros* en 1980 con el título *San Borondón. Romancillos canarios*.

Otro romance importante sobre San Borondón nos lo transmite el que fuera Catedrático de Literatura en la Universidad de La Laguna, D. Alberto Navarro González, quien había recogido del cancionero insular el siguiente romance que

«recuerda la maravillosa isla-nube de San Borondón» (seguimos el texto publicado en su ensayo *El mito marinero de las insulas*, Las Palmas de Gran Canaria, 1964, pp. 53-54):

San Borondón, San Borondón  
 por la sirena, por su canción.  
 Que suenen tambores guanches  
 y canten las caracolas,  
 que la isla misteriosa  
 se divisa entre la olas.  
 Que San Borondón ya viene,  
 dibujándose en la bruma,  
 como si fuera una reina  
 con su cortejo de espuma.  
 Y cuentan los que te vieron  
 que quien te quiso alcanzar  
 tan solo encontró una nube  
 meciéndose sobre el mar.  
 ¡San Borondón, San Borondón!  
 ¿Dónde escondiste mi corazón?

La asociación que se hace aquí entre San Borondón como isla-nube recuerda en parte a la que podemos observar también en otra composición anónima que nos proporciona Félix Duarte en su libro *Leyendas Canarias*, ed. Edirca, Las Palmas de Gran Canaria, 1981, pp. 268-269, que ve a San Borondón con una existencia «entre las brumas». El poema sobre San Borondón citado por Duarte es sólo un fragmento, que dice lo siguiente:

Pero, aunque todos te olviden  
 y no te esperen, yo creo  
 en tu vida entre las brumas  
 que aprisionan tu secreto.  
 Y espero que llegue el príncipe,  
 con su caballo ligero,  
 y descubra tu hermosura  
 y ponga en tu blanco dedo  
 dorado anillo nupcial,  
 y estampe un cálido beso  
 en tu diestra, que aún se aferra  
 a los corceles del tiempo.  
 Isla de San Borondón,  
 ya se ha roto tu misterio;

que eres una nueva flor abierta  
en los atlánticos huertos.

En 1958 publicaba el Dr. D. Enrique Nacher en el número 20 de la revista *Sinergia*, órgano por aquél entonces de la Sociedad General de Farmacia, un interesante artículo titulado «La fantástica isla de San Borondón, octava de las Canarias», en el que citaba dos estrofas de una poesía del gran poeta, afincado en Gran Canaria, Pedro Lezcano, que nosotros, sin embargo, no hemos podido dar con ella. Sobre todo la segunda de las dos estrofas es una excelente síntesis de todo lo que ha significado San Borondón: «ballena, duende, neblina, nubarrón, sueño, espejismo, bruma de la mar, mentira...». He aquí ese bellissimo fragmento de Pedro Lezcano:

Cien mil catalejos buscan  
el oro de tus orillas.  
San Borondón, Borondón,  
sin plataneras ni piñas.  
San Borondón, Borondón,  
donde el amor se cultiva.

San Borondón, Borondón,  
ballena, duende, neblina,  
nubarrón, sueño, espejismo,  
broma de la mar, mentira  
San Borondón, Borondón,  
fíjate en tus siete amigas.

Pero quien, a nuestro parecer, mejor ha cantado poéticamente a San Borondón es el poeta y periodista Luis Álvarez Cruz en una serie de tres bellísimos sonetos publicados con el título «Peregrinando a San Borondón», de los que ofrecemos aquí sólo el primero<sup>65</sup>:

San Borondón.... ¡Oh, mito fantástico de bruma  
tierra intacta y fugaz, divina y deslumbrante!  
Yo te amo, extraña isla que surges entre espuma  
y entre espuma te hundes y borras al instante.

Isla de los Milagros en la que se consuma  
un cósmico misterio de magia obsesionante,

65. Cf. L. Álvarez Cruz, *Isla*, Santa Cruz de Tenerife, 1975, pp. 131-133.

¿no eres tú la esperanza, que aparece y se esfuma,  
Isla de la Ilusión, solitaria y errante?

Tú bogas al costado de la pétrea escuadrilla,  
acaso como un símbolo, como una maravilla  
inabordable, inédita... Eres la «Non Trubada».

Isla de la Esperanza es tu nombre inmarchito,  
siempre posible al hombre en el mar infinito,  
y siempre perseguida y siempre inalcanzada.

Últimamente el profesor y poeta Eugenio Padorno ha hecho una breve referencia a nuestro tema en la que compara al poema con el tema que nos ocupa: «Poema: Isla secreta, suerte de *Aprositus*, lugar que no se muestra más que por azar, allá donde la soledad del mar se puebla de la sigilación de neblinas inhóspitas, detrás de remolinos protectores»<sup>66</sup>.

8.2. Fuera de la poesía merece la pena citar el cuento «La muchacha de San Borondón», que el autor alemán Horst Uden recrea en su libro *Bajo el Drago*. En nuestro recorrido literario del samborondonismo canario encontramos manifestaciones más o menos poéticas que algunos escritores canarios contemporáneos han expresado últimamente. Empezaremos con la que se contiene en el reciente libro sobre Los Sabanderos titulado *Los Sabanderos. El canto de las Afortunadas*, obra de los hermanos Carmelo y Martín Rivero, que suelen firmar como Carmelo Martín. A la hora de hablar de los «mitos del Atlántico (cap. 16) afirman lo siguiente: «San Borondón es el paraíso que los canarios han tenido que mitificar imperiosamente, cada vez que lo han necesitado, para escapar *in extremis* de todas sus desgracias y calamidades, y navegar tras él en su ingrata búsqueda por los mares del archipiélago, saltando de isla en isla, impelidos por la hambruna y la sequía, o yendo más allá, detrás de su particular fantasma, abriéndose paso por el anchuroso océano, en barcos de mala muerte, hasta recalar, al fin, en América, última escala obligada de esa continua huida hacia adelante. América es el San Borondón real y auténtico de los canarios». Esta concepción de San Borondón como paraíso recuerda en cierta manera a la de nuestro clásico historiador Viera y Clavijo cuando se preguntaba: «Y si se ha de creer todavía existente el paraíso terrenal en un sitio inaccesible por voluntad divina, ¿qué otro mejor país para este efecto que la isla de San Borondón que, además de ser una de las Afortunadas o Beatas donde colocaban el paraíso los gentiles, tiene la propiedad de presentarse

66. Cf. Eugenio Padorno, *Teoría de una experiencia*, Islas Canarias, 1989, p. 137.

a los ojos y de huirse de entre las manos?» (*Historia de Canarias*, ed. Goya, Santa Cruz de Tenerife, 1982, vol. I, p. 95). Hay también autores que siguen creyendo en esta isla y la consideran «la más interesante del Archipiélago», precisamente por su pureza, ya que el mal no ha podido acceder todavía a ella: «ningún sátiro ha violado su virginidad; ningún corsario ha recorrido sus costas, ningún conquistador ha hollado sus cúspides, y ningún aventurero ha teñido sus tierras con sangre en turbulentos combates desarmada». Es ésta la visión de la isla Encubierta debida a la pluma de Félix Duarte en su libro ya citado (p. 269). Dentro del teatro una de las pocas apariciones de nuestra isla se da en la obra *La Conjura*, de Cirilo Leal, Premio Ángel Guimerá de 1983, en la que en las cuatro últimas escenas se desarrolla la acción en torno a la isla de San Borondón, «la isla non trubada, la errabunda y versátil que pasea sus blancas y enormes barbas por las cresterías de nuestras cumbres, entrelazándose con el alisio y contralisio para luego escurrirse en el fondo de la mar oceána»<sup>67</sup>. De los últimos años habría que citar algunos relatos en prosa con la temática samborondonista como son *El mensaje de San Borondón*, de Pedro González Vega (1989); *Borondón, la octava isla*, de Raúl Marco Ruiz Gutiérrez (1993) y las obras de J. M. Trujillo, *Relatos de la isla perdida*, (1996), y *Otros relatos de la isla perdida* (1997). Como relato corto, podría citarse el tratamiento que hace J.M. Balbuena Castellano en su «Llanto por un paraíso perdido»<sup>68</sup>, y más recientemente el que recoge el autor alemán Harald Braem, muy conocido últimamente por su novela de ambientación histórica canaria *Tanausú*, en un libro sobre cuentos y mitos canarios, donde califica a nuestra isla como la isla de ensueño (*Trauminsel*)<sup>69</sup>.

Pero quienes mejor y más hondamente han tratado el tema borondoniano en la narrativa canaria han sido tres autores de relieve internacional: la tinerfeña María Rosa Alonso, la cubana Dulce María Loynaz y el español Ignacio Aldecoa. En un ensayo de 1953 titulado «San Borondón a la vista», la ilustre escritora tinerfeña, Doctora Honoris Causa de nuestra Universidad de La Laguna y en la actualidad afincada en Madrid, hace un bellissimo análisis de la historia de nuestra isla, del que entresacamos los siguientes párrafos:

La isla más isla de todas las islas es la inaccesible, la isla a la que nunca se puede llegar...

El maravilloso mito se gestó entre la santidad viajera de los monjes celtas, de los monjes de las islas Británicas, de las islas grandes, pero islas al fin y al cabo; es decir, ensueño y aventura. Corrió por la saudadosa tierra portuguesa,

67. Cf. Cirilo Leal, *La Conjura*, Santa Cruz de Tenerife, 1983, escena XXVI, p. 61.

68. Cf. la revista *Sanborondón*, 4 (1984), pp. 8-10.

69. Cf. H. Braem, *Der Kojote im Vulkan: Märchen und Mythen von den Kanarischen Inseln*, Berlin, 1990, 77-86.

jalón céltico del ensueño y del sentido del mar, posó su aleteo de mariposa en las Azores, y en el siglo XV, allí nautas insulanos buscaron las frondas de San Borondón, en una angustia de Tántalo, porque la isla, a punto de ser presa, se escapaba entre las brumas, que era como irse de entre las manos.... Como los buenos mitos, también se ha hecho San Borondón nuestro símbolo; se ha medido en algunas almas y las ha hecho borondonescas, escurridizas, un poco fantasmagóricas<sup>70</sup>.

En 1958 se publicó en la editorial Aguilar de Madrid un libro de la gran escritora cubana, recientemente fallecida, Dulce María Loynaz, titulado *Un verano en Tenerife*, que viene a ser toda una crónica novelada del Archipiélago canario que la autora compuso con motivo de su viaje a las islas unos años antes, al casarse con un tinerfeño. Ya en el prefacio mismo de la obra nos advierte la autora que «como mirto y laurel entrelazados, van sobre el archipiélago canario la Historia y la Leyenda». Y, en efecto, su libro es una historia legendaria de todas las Islas Canarias, en la que nuestra ilustre escritora da muestra de un extraordinario conocimiento de todo tipo de leyendas relacionadas con nuestras islas. El capítulo XIV lo dedica a nuestro tema con el título «La otra isla» (pp. 184-203), en el que recoge prácticamente todo lo que sobre San Borondón pudiera conocerse hasta el momento de su redacción. En un momento de su exposición, después de un recorrido exhaustivo sobre todo lo que sobre ella ha podido escribirse, nuestra autora concluye:

Pues bien: esta isla, visitada por santos, citada y dibujada por geógrafos, objeto de reclamaciones civiles y de pactos de reyes; esta isla, con sus dos montes y sus siete ciudades, con sus obispos y sus arzobispos, no existió jamás<sup>71</sup>.

En 1961 el famoso escritor español Ignacio Aldecoa, fallecido prematuramente, publicó en Madrid, con motivo de su vista anterior a las Islas Canarias, un pequeño libro, con ilustraciones del conocido humorista Chumy Chúmez, titulado *Cuaderno de Godo*, libro de muy difícil consulta, dado los pocos ejemplares editados. El capítulo XIII tiene por título precisamente el de «Isla Perdida», de la que empieza diciendo:

Medusa, fantasma, sombra, duda, es la isla de San Borondón. Espectro o espejismo, suspiro de la Atlántida o hechicería medieval, sueño de antiguos o delirio moderno, San Borondón navega. San Borondón, la Non Trubada, meta de aventureros, de exploradores, de visionarios<sup>72</sup>.

70. Para el texto completo de este ensayo, cf. María Rosa Alonso, *Papeles Tinerfeños*, Santa Cruz de Tenerife, 1972.

71. Cf. Dulce María Loynaz, *op. cit.*, p. 188.

72. Cf. I. Aldecoa, *Cuaderno de Godo*, Madrid: Arion, 1961, p. 54.

Para terminar con estas palabras:

Y después, alguna vez, alguien la ve. O no la ve y la sueña. O no la sueña. San Borondón va al viento<sup>73</sup>.

8.3. Para finalizar nuestra historia, quisiera decir dos palabras alusivas al tratamiento artístico de nuestro tema. A lo largo de nuestra exposición hemos mencionado ya el mural que en su momento realizó el pintor canario Juan Ismael sobre la aparición de la isla de San Borondón. También hemos hecho referencia a las composiciones musicales de los cantautores italianos Francesco Guccini, Edoardo Bennato y del grupo canario de Los Sabandeños. Queda por citar la exposición pictórica de acrílicos que con el título «San Borondón. Isla mítica» montó la pintora gallega afincada en Las Palmas de Gran Canaria, Manuela Pérez de Oliveira, del 2 al 13 de diciembre de 1996. Sus cuadros se inspiran en la leyenda de la isla de San Borondón y, que nosotros sepamos, constituye el conjunto de obras pictóricas más completo que hasta la fecha haya dedicado pintor alguno a nuestro tema. En octubre del año pasado se presentó en público el primer video, basado en las técnicas de la infografía, sobre la temática de nuestra isla, titulado *San Borondón, isla virtual*, realizado por Manuel González Mauricio, que, según su autor, utiliza la mítica isla de San Borondón como una especie de metáfora de la propia identidad cultural canaria<sup>74</sup>.

Terminamos nuestro recorrido literario del tema que nos ocupa con la mención del escritor contemporáneo Gilberto Alemán, Premio Canarias de Comunicación, gran amigo del tema borondoniano, quien en un artículo publicado en el *Diario de Avisos* del 10 de febrero de 1994 expresaba su deseo de ir a San Borondón «acompañado de un montón de soñadores que no duden de su existencia, que hayan escrito versos, pintado cuadros o compuesto música». Sería el «sueño de una isla que pudiera ser el lugar de encuentro de todos los canarios. Por lo menos a mí me gustaría que fuera así». ¡Y a nosotros también!

## 9. CONCLUSIONES

Hasta aquí hemos trazado el recorrido en la historia, la literatura y las artes de uno de los más hermosos mitos insulares perteneciente al imaginario del Atlántico: el de la *Isla Perdida*. Es un mito que se mueve entre la realidad y la ficción y en él se ven implicados los cuatro grandes Archipiélagos atlánticos: el de las Azores,

73. Idem, p. 55.

74. Cf. el reportaje sobre esta presentación en el periódico local *Jornada* (Santa Cruz de Tenerife), del 24 de octubre de 1996, p. 42.

Madeira, Canarias y Cabo Verde. Es un mito de una extraordinaria riqueza significativa, tanto por la abundancia de motivos que lo adornan, como por la variedad onomástica con la que se le conoce. Su origen se remonta a los comienzos mismos de la literatura europea occidental, la *Odisea* homérica, aunque sólo de manera meramente alusiva. Se hace más evidente en pasajes de autores griegos como el Pseudo-Aristóteles, Diodoro de Sicilia y Estrabón, para adquirir en el siglo II de nuestra era, por obra de Claudio Ptolomeo, el primer nombre con el que se la conoce: *Aprósitos*, «La Inaccesible». Como *Isla Perdida* recibe su bautizo en latín a finales del siglo XI por mediación del monje Gaunilo, en el cuadro de las disquisiciones filosóficas sobre el famoso argumento ontológico de San Anselmo sobre la existencia de Dios. A partir del siglo XII su destino estará unido, gracias a Honorio Augustodunensis, a la leyenda del monje irlandés San Brandán, por lo que a partir de entonces se la conocerá también como isla de San Brandán, que desde el siglo XIII empezará a relacionarse, por mediación de Gervasio de Tilbury, con otro de los más bellos mitos del imaginario atlántico: el de las *Islas Afortunadas*. El tema de la *Isla Perdida* se encuentra ya en los inicios de las literaturas europeas medievales a partir del siglo XIII y llega a figurar en autores renacentistas tan conocidos como el italiano Ariosto y el francés Rabelais. En la cartografía medieval figura nuestra isla desde finales del siglo XIII en los planisferios de Hereford y Ebstorf y continuará siendo representada mucho después de los descubrimientos colombinos, es decir, cuando se tenía un conocimiento más o menos científico del Océano Atlántico al oeste de nuestros Archipiélagos. Esto es una muestra de la magia y el encanto que todavía el mito seguía ejerciendo en la mente de los grandes ilustrados europeos. Nuestro mito tuvo un importante papel en la historia y la literatura posteriores. Históricamente está muy implicado en los descubrimientos de Colón y en las relaciones de Portugal y España de los siglos XV y XVI. La literatura histórica indiana se hace eco de estas relaciones, así como de las expediciones que se cuenta salieron en la búsqueda de una *Isla Perdida* sita por el Atlántico occidental. Fue tanta la fe puesta en la existencia de esta isla que hubo alguien que llegó a morir por ella en acalorada discusión. En la narrativa nuestra isla figura en obras de escritores y ensayistas tan universales como el padre Feijóo, W. Irving, Charles Kingsley, Blasco Ibáñez, Margaret Mitchell, J. L. Borges, Álvaro Cunqueiro, María Rosa Alonso, Dulce María Loynaz e Ignacio Aldecoa. En la poesía fue celebrada especialmente por el gran poeta romántico italiano Guido Gozzano, sobre cuyo poema el cantautor boloñés Francesco Guzzini compuso un par de canciones en 1970. En el ámbito canario, donde la *Isla Perdida* se conoce sobre todo como San Borondón, el papel de nuestra isla es fundamental en la historia, la literatura y las artes, hasta el punto de constituir uno de los rasgos poéticos más definitorios de la cultura canaria. No hay historiador canario que no le dedique un capítulo a la «famosa cuestión de San Borondón», como la calificó Viera y Clavijo en el siglo XVIII. Ha sido cantada en romances anónimos y en las poesías de Luis Álvarez Cruz. Ha sido

musicada por el famoso grupo folklórico *Los Sabandeños* y ha sido llevada a la pintura por artistas como Juan Ismael y Manuela Pérez Oliveira. Incluso hasta se ha realizado sobre ella un vídeo reciente con la técnica del infograma. ¿Se puede pedir más? Posiblemente sea muy difícil encontrar otra isla del imaginario atlántico occidental tan llena de sugestivas connotaciones como nuestra Isla Perdida, cuya historia se acaba de exponer.

## 10. APÉNDICE

Estando ya redactado este artículo y corregido en sus primeras pruebas, acaba de publicarse en número 3 de los Cuadernos del CEMYR (Centro de Estudios Medievales y Renacentistas de la Universidad de La Laguna) dedicado a *Los universos insulares*. Como quiera que en él se contiene alguna información, desconocida por mí, de mucho relieve para nuestro tema, no he querido dejar pasar la ocasión de recoger en este apéndice, aunque sea sólo de forma fragmentaria, lo más granado de la misma. En primer lugar, muy interesante nos parece la noticia que nos ofrece Enrique Bernárdez en su artículo sobre la Islandia medieval. Según este Profesor de la Universidad Complutense de Madrid es frecuente en la navegación del Atlántico Norete hablar de islas ocultas entre la niebla, como ocurre especialmente en el libro noruego de mediados del siglo XIII *Speculum regale*, donde aparece la isla *Loycha* que cada siete años deja de ser isla para volver a serlo pasados otros siete (véase *Cuadernos del Cemuyr*, 3 [1995], pp. 144-145). Es, pues, un fenómeno de *isla perdidat*, aunque vuelta a encontrar. Pero para nuestra temática nos parece más interesante lo que nos refiere el Profesor Juan Gil en su trabajo sobre las islas de la India. Hablando de la Isla del Carbucho y de los relatos que la describen afirma el Profesor de la Universidad de Sevilla que uno de los elementos míticos más típicos de esta descripción es «la niebla que rodea la isla del Carbucho y la oculta a la mirada curiosa de los mortales», lo que hace que «en el Medievo la isla mágica acabara por ser llamada la Perdida» (véase *Cuadernos del Cemuyr* 3, *op. cit.*, p. 171). El Profesor Gil cita a este respecto una obra del portugués Gil Vicente (ca. 1465- ca. 1536), *Auto da alma*, en la que se menciona nuestra isla, aunque dicha mención también la hemos comprobado en su trilogía *As barcas*, donde en los 25-28 se produce el siguiente diálogo entre un hidalgo y el diablo:

Hidalgo Esta barca onde vay ora  
que assí está percebida?

Diablo Vai pera a Ilha Perdida,  
e ha de partir logo essora

Citamos por la edición de A. López Castro, *Gil Vicente. As barcas*, Universidad de León, 1987, p. 66. Por cierto que en la p. 96 de esta edición se nos dice en una nota que la Isla Perdida es un eufemismo por el Infierno. Que ello no es así se demuestra por la tradición de esta isla desde el momento mismo de su aparición allá por el siglo XI, en la que resulta evidente su asociación más bien con el Paraíso, tal como se deduce de los textos que hemos presentado a lo largo del presente ensayo.

Pero lo más interesante del Profesor Gil en relación con nuestro tema es, a nuestro parecer, lo que ya nos había dicho en su excelente libro *Mitos y utopías del Descubrimiento*, vol. 2, ed. Alianza, Madrid, 1989, pp. 94-95. En relación con Canarias, afirma Gil, no es de extrañar que en la primera mitad del siglo XIV las navegaciones a estas islas estuviesen envueltas en la bruma y el encanto del misterio. Muy ilustrativo en este sentido es el documento de F. Sevillano Colon, «Los viajes medievales desde Mallorca a Canarias», en *AEA*, 19(1972), pp. 27-57, donde se aducen dos textos latinos sumamente importantes para nuestro tema. En un protocolo del notario Guillem Cardell, del 26 de octubre de 1342, se habla del marinero Guillen Jaffe que hizo un viaje *apud insulas vocatas perdudes vel de Canaria* («a las islas llamadas perdidas o de Canaria») mientras que en una licencia otorgada al mallorquín Francesc Desvalers, del 16 de abril de 1342 se le otorga el correspondiente permiso para navegar «*ad partes insularum noviter repertarum et vulgariter nominatarum insulas Fortunatarum*» («a algunas islas recién descubiertas y vulgarmente denominadas islas de las Fortunas») o *ad partes insularum noviter repertarum vocatarum Insulas Fortunatarum* («a algunas islas recién descubiertas denominadas Islas Afortunadas»; cf. los textos citados en p. 46, 47 y 49 del trabajo de F. Sevillano). En el enigmático y curioso *Libro del conocimiento de todos los reynos e tierras e señorios*, escrito por un fraile franciscano en torno a 1350 y que, al decir de algunos, es «el primer libro de Geografía medieval», se citan unas Islas Perdidas dos veces. En un primera se dice textualmente: «E fuy a ver las islas perdidas que llama Tolomeo las islas de la Caridat». Según comenta sabiamente Buenaventura Bonnet en su artículo «Las Canarias y el primer libro de Geografía medieval, escrito por un fraile español en 1350», en *Revista de Historia*, 67(1944), pp. 205-221, se trata de las Islas Canarias que su autor denomina con una traducción árabe, *Al-Kalidat*, fuertemente adulterada, *Caridat*, del concepto latino *Fortunatae*, con el significado de «Felices» o «Dichosas». La segunda cita se produce a propósito de la isla de Gropis: «e andodimos después que partimos del Río del oro muy grand camino guardando siempre la ribera e dexamos atras las Islas Perdidas», (veáanse los textos en las pp. 216-217 del artículo de B. Bonnet). Unos años antes de la fecha asignada al libro del franciscano anónimo encontramos otra referencia a las Islas Perdidas en la llamada *Crónica de Pedro IV de Aragón*, datada en 1346, en la que hablando de la visita de D. Luis de la Cerda al monarca aragonés se dice expresamente (ofrecemos la traducción castellana del texto original según la veersión de D. Elías Serra Ráfols): «Fue recibido

muy honradamente. Y mientras estuvo aquí comión con Nos, y ofrecimos conveniente ayuda para elviaje que se proponía hacer a las islas perdidas» (véase el texto en el trabajo de B. Bonnet, p. 217). En relación con esta noticia habría que decir que el cronista de Indias Francisco López de Gómara en su *Historia General de las Indias* (1152), hablando de los mismos hechos, refiere lo siguiente: «Cuenta el rey don Pedro IV de Aragón, en su historia, como el año 1344 vino a pedirle ayuda para conquistar las islas perdidas de Canaria don Luis, que se llamaba príncipe de la Fortuna» (Cap. 222; citamos por B. Bonnet, *op. cit.*, p. 217). A la vista de todas estas referencias a las Canarias como islas perdidas no es de extrañar, como explica el Profesor Gil, *op. cit.*, p. 95, que en el texto de Boccaccio (cf. G. Padoan, «‘Ad insulas ultra Hispaniam noviter repertas’: el redescubrimiento de las islas atlánticas (1336-1341)», en *Syntaxis*, 30-31 (1992-3), pp. 130-143), historiando el viaje realizado en 1341 a las Canarias por el genovés Nicoloso da Recco y el florentino Angelino de Tegghia de Corbizzis, se hablara de «islas recientemente descubiertas más allá de España en el Océano», es decir, «aquellas islas que vulgarmente llamamos encontradas», lo que se corresponde con la expresión mallorquina y aragonesa de «noveyllament trobades», que también aparece en documentos de esta época. Como afirma el Profesor Gil: «Es natural que tomaran tal nombre unas islas, que hasta entonces habían sido conocidas como ‘Perdidas’» (*op. cit.*, p. 95).